

47467  
C. de Soto y Corro.

ODAS

POEMAS

y  
LEYENDAS



MADRID.—Imp. del Asilo de

Huérfanos, Juan Bravo, 5.

125  
✻ ✻ ✻ 1907 ✻ ✻ ✻

29322

© Biblioteca Nacional de España



14964

Carolina de Soto y Corro.

ODAS

POEMAS

LEYENDAS

*Carolina de Soto y Corro*



MADRID.—Imp. del Asilo de

Huérfanos, Juan Bravo, 5.

✻ ✻ ✻ 1907 ✻ ✻ ✻

Faint, illegible text at the top of the page, possibly a header or title.

1800

Faint, illegible text at the bottom of the page, possibly a footer or page number.

A S. M. LA REINA

**Doña Victoria Eugenia de Battenberg.**

*Señora:*

*Dígnese V. M. concederme el alto honor de acoger benévola este modesto libro.*

*A. I. R. P. d. V. M.*

*Carolina de Soto y Gorro.*





## DESPEDIDA Y SALUDO

---

¡Adiós, Andalucía!  
dijo con muda voz mi pensamiento  
cuando en la lucha impía  
del continuo sufrir, rudo tormento  
de insólitos pesares y dolores  
que temprano amárgaron mi existencia,  
vi marchitas las flores  
que adornaron mis sueños de inocencia.

Dije entonces adiós á la esperanza  
que iluminó cual faro mi camino,  
y lejos de la plácida bonanza  
que en vano pretendí, fiero destino  
afrontando serena y valerosa,  
decidí abandonar los patrios lares,  
yendo á buscar la calma venturosa  
á otra extensa región y otros lugares.

Miré el azul del cielo  
que alegró mi niñez, cielo sin nubes  
como pura sonrisa de querubes,  
como mansión sublime del consuelo;  
espacio inmensurable y refulgente  
de tan excelso brillo,  
que á través de su claro transparente  
pudo copiar los ángeles Murillo.

Miré cual catarata que desborda  
sus hermosos raudales,  
como madeja de oro con que borda  
la purísima Virgen sus cendales,  
los rayos de aquel astro esplendoroso  
con cambiantes de luz, de ópalo y grana,  
que me abrigó cual padre cariñoso  
y enardeció mi sangre meridiana.

Miré el lujo feraz de aquellas tierras  
con ricas vestiduras,  
engalanadas siempre sus llanuras  
y adornados sus montes y sus sierras.  
Privilegio especial, gala preciosa  
de aquel suelo feliz, donde Dios quiso  
derramar con su esencia generosa  
algo del sumo bien del paraíso.

Escuché el dulce canto de las aves,  
el suspiro sutil y vagaroso  
de las auras süaves,  
el murmurio del río caudaloso  
que baña sus históricas riberas,  
y aspiré el grato aroma de las flores  
de múltiples colores  
que tapizan sus mágicas praderas.

Y gotas del rocío de mi alma  
á mis húmedos ojos se agolparon  
y ardientes abrasaron  
mi faz pálida y yerta; sorda calma,  
cual de profunda tempestad que agita  
los ejes de la tierra, temblorosa,  
en el pecho sentí, rogué angustiada  
y en mi auxilio llegó la fe bendita.

Me despedí de tantos atractivos,  
y guiando mis pies torpes é inciertos,  
me dirigí del campo de los vivos  
al campo silencioso de los muertos.  
Busqué la triste fosa  
donde descansan de la lucha humana  
los restos de mi padre y de mi hermana  
bajo una misma losa.

Y allí me arrodillé, lágrimas puras  
conmovida vertí, y entre suspiros  
mi ferviente plegaria en leves giros  
elevándose fué hacia las alturas.  
Como bálsamo santo  
mi pena suavizó, y resignada,  
con el aliento de la fe sagrada,  
hallé tregua al quebranto.

Dí mi postrero adiós..... ¡sólo Dios sabe  
si el último sería!  
Y como el alma que el espacio ansía  
porque del cuerpo en la estrechez no cabe,  
así, la inmensidad ambicionando,  
llena de ardor la mente y de ilusiones,  
gozosa me lancé, lejos dejando  
la celeste quietud de mis regiones.

Con ánimo sereno  
y alta la frente que el orgullo expresa,  
me introduje en el seno  
del monstruo que los campos atraviesa;  
sonó el último grito  
de la máquina audaz, y al rudo empuje  
del vapor condensado, cual precito  
que al sentir la opresión rechina y cruje,

A rodar comenzó con sordo estruendo  
por el férreo camino, y su carrera,  
cada vez más ligera,  
aumentaba ruidosa ensordeciendo.  
Yo, como leve arista imperceptible  
que arrastra el vendaval, iba extasiada  
sin pensar del peligro lo temible,  
en brazos del coloso arrebatada.

Pronto perdí de vista el caserío  
y el campo jerezano tan famoso,  
que alimenta en su seno el poderío  
de su excelente néctar generoso.  
Y ví desaparecer cual maravilla  
los palacios y torres do descuella  
la Giralda gentil de mi Sevilla  
que fué del musulmán sultana bella.

Los cármenes preciosos,  
cuyas flores prendidas en el pelo  
de las graciosas hijas de aquel suelo,  
dan perfumes al aire deleitoso.  
Alcázares morunos y mezquitas,  
la ciudad del califa enamorado,  
y las blancas y célebres ermitas  
que el vate cordobés cantó inspirado.

Breve pausa en mi marcha transitoria  
me permitió un momento  
ver de aquel pueblo la brillante historia  
por el claro cristal del pensamiento.  
Después..... siguió el gigante  
arrastrando su cola con más brío,  
y seguí yo también fija, anhelante,  
viéndolo todo huir al paso mío.

Atrás quedaron las frondosas viñas,  
los naranjos y olivos que hermocean  
las andaluzas fértiles campiñas,  
y los arroyos que doquier serpean.  
Los reflejos celestes  
que allí la santa luz vierte raudosa,  
y toda aquella gala fecundosa  
trocóse por terrenos más agrestes.

Y la salvaje y árida natura  
coronada de cerros,  
ofreció ante mi vista su hermosura  
que admiré al contemplar Despeñaperros.  
Y los altivos montes horadados  
por cuyo seno atravesé sombría;  
hondonadas y abismos separados  
por los estrechos rãils de la vía.

Arroyos escondidos  
entre tupidas frondas de esmeralda;  
inesperados valles florecidos  
de las abruptas sierras en la falda.  
Moles de inmensas rocas, figurando  
esqueletos, fantasmas y gigantes;  
piedras con su caída amenazando  
aplastar á los pobres caminantes.

Y el túnel, la montaña, el precipicio,  
la pradera, el riachuelo.....  
todo como por mágico artificio  
semejaba correr con ráudo vuelo.  
Yo miraba en redor precipitarse  
la creación con locura aterradora,  
y al pensar que iba todo á despeñarse  
juzgué llegada ya mi última hora.....

Un vértigo sentí, y anonadada,  
los ojos entornando, estremecida,  
me quedé aletargada,  
la frente con mis manos oprimida.  
Yo no sé si fué corto ó si fué largo  
el tiempo que pasó, pero adivino  
que ayudóme á salir de aquel letargo  
la voz de un ser humilde y peregrino.

Como antídoto dulce á mis pesares  
escuché con profundo arrobamiento,  
el inspirado acento  
de la ciega feliz de Manzanares.  
Feliz, porque su fuente cristalina  
brota sólo de Dios <sup>1</sup>, y aunque apagada  
de sus ojos la luz, Él la ilumina  
como al ciego cantor de la *Iliada*.

Nueva emoción sublime y ardorosa  
me enardeció como sagrado fuego,  
la tierra al descubrir, que hizo famosa  
el sin igual Manchego.  
Su extensión al cruzar, ideas brillantes  
fueron por mi memoria al par cruzando;  
me incliné reverente saludando  
al ingenio inmortal del gran Cervantes.

Y con tales recuerdos embebida,  
á todo lo demás sorda y extraña,  
llegué por fin, gustosa y complacida  
á la corte de España.

---

1 Después de escrita esta poesía falleció la célebre ciega de Manzanares, poetisa notable, porque sin ninguna ilustración componía versos y hacía hermosas improvisaciones.

¡Encantada mansión, centro de leyes,  
de gloria y de grandeza,  
cuna de ilustres reyes  
y emporio del talento y la nobleza!

Yo te saludo al fin, mi humilde canto  
hoy entono en tu seno conmovida;  
tu aliento generoso me convida  
á envolverme en los pliegues de tu manto.  
Ávida del saber y de la gloria  
que en tu culto recinto busca el hombre,  
yo también llego, ¡empresa meritoria!  
con la noble ambición de honrar mi nombre.

Tú, como madre espléndida y sublime,  
que bondadosa protección repartes  
y tu amor del olvido, fiel redime  
las ciencias, el comercio, letras y artes.  
Recibe mi saludo cariñoso,  
oye el cántico audaz de mis anhelos  
y ayúdame á llegar al fin glorioso  
que soñé en mis delirios y desvelos.

Premia mi ardiente afán y dignifica  
mi sien con la corona ambicionada,

no la que eleva al trono, otra más rica,  
la de laurel al genio consagrada.  
Inspírame en tus fuentes más fecundas,  
y en la cima feliz de mis ideas  
al rayo de la luz con que me inundas,  
yo cantaré: ¡Madrid, bendito seas!





## INHUESTA

---

### I

—¡Nunca, nunca, hija mía; yo te lo ruego!  
antes tu pobre padre se quede ciego,  
y el alud desprendido de la montaña  
con sus témpanos cubra nuestra cabaña.  
Antes la helada efigie de la inclemencia  
mi sosiego interrumpa con su presencia,  
y te mire yo un día, con paso leve,  
caminando descalza sobre la nieve  
por llegar hasta el pueblo de aquí cercano,  
extendiendo aterida la blanca mano,  
y con faz dolorosa, con voz incierta,  
demandar un socorro de puerta en puerta.  
Antes sienta mi pecho roto en pedazos,  
al mirar que trabajan tus tiernos brazos  
en las rudas faenas de los labriegos,  
que desoigas de un padre los santos ruegos.

Y antes el pobre albergue que nos da asilo  
tan humilde y honrado como tranquilo,  
fieros lobos lo asedien, ó veloz rayo  
cuya eléctrica lumbre cause desmayo,  
lo devore entre llamas y lo destruya,  
y mi hacienda mezquina toda concluya;  
antes que tú, ángel mío, que adoro tanto,  
tú, que formas mi dicha, mi único encanto,  
que eres el dulce apoyo y el fiel reflejo  
del honor intachable del débil viejo,  
cedas al grato influjo de ese amor loco  
que infiltrando en tu alma va poco á poco,  
y que al fin convertido en voraz hoguera  
puede arrasar su fuego tu primavera.  
No, detente, detente, dulce hija mía;  
que si ve ese sendero tu fantasía  
salpicado de rosas, en tu idealismo  
no adviertes que son flores sobre un abismo.  
Oye, mi voz escucha, niña inocente;  
de esa en tu tierno pecho pasión naciente,  
huye cual de hidra horrible, y empieza ahogando  
ese afecto engañoso, delirio blando,  
ese amor que es veneno que te infecciona  
y te ofrece de espinas mortal corona.  
Oye el amante acento de mi experiencia;  
guarda la flor hermosa de tu inocencia,  
y en los brazos paternos con dicha pura  
hallarás lo infinito de la ternura.



Así hablaba un anciano de faz severa,  
de mirada brillante cual limpia esfera;  
que ostentando en su frente y en sus cabellos  
de blancura honorable claros destellos,  
y su voz derramando pura doctrina,  
semejaba á un apóstol de fe divina.  
A sus pies una joven, casta figura  
de la imagen celeste, luz que fulgura  
con los vivos colores de la belleza,  
deja ver en sus ojos honda tristeza.  
Como marco dorado de sus hechizos  
tiene la sien cubierta de blondos rizos,  
y entre nubes de llanto su azul mirada  
fija en el techo oscuro de su morada.  
Hay perfume en las rosas de sus mejillas,  
y preciosos corales sirven de orillas  
á las sartas de perlas que hay en su boca  
do el suspiro es la brisa que amor provoca.  
Una cruz filigrana, cristiano sello,  
pende entre rojas cuentas de su albo cuello,  
y hasta allí, sobre el seno turgente, fino,  
sube cendal humilde de blanco lino;  
es el jubón que ajusta con cinta grana  
á su talle flexible, de negra pana;  
delantal también tiene de igual tejido

y listada la falda de su vestido,  
mas tan corta y fruncida, que si la mueve  
muestra todo el encanto de su pie breve.  
No soñó más conjunto de perfecciones  
el que forja á su antojo con ilusiones  
la figura invisible por que se afana  
y á que da vida y forma la mente humana.  
Era Inhiesta, la niña cándida y pura  
sol de aquellos lugares, por su hermosura;  
Ella, al par que la aurora por el Oriente,  
se asomaba á su puerta bella y riente,  
y al correr persiguiendo las mariposas  
recogia á su paso lirios y rosas.  
Ella entonaba alegre sus cantinelas  
y entre blancos corderos como gacelas,  
retozona triscaba por monte y prado  
confundiéndose á veces con el ganado,  
ó bajaba á la playa de allí vecina,  
á coger caracoles de nácar fina.  
Ella, en fin, de los pobres era el remedio  
y la paz y ventura de todo el predio,  
tanto, que la adoraban con fe sincera  
todos los moradores de la ribera.



Gil, el mozo más guapo de aquel contorno,  
de alma noble y sencilla, sublime adorno,

á la niña hechicera rindió su pecho  
por su faz seductora de amor deshecho.  
Pero Inhiesta, inocente, y aun ignorante  
del afecto que hablaba su tierno amante,  
prefiriendo sus cantos y su alborozo,  
se alejaba riendo del pobre mozo.  
Gil, mirándola triste, con desvarío  
suspiraba llorando por su desvío,  
pero firme seguía en su ardiente anhelo  
con la dulce esperanza de hallar consuelo.  
Transcurrieron los días ráudos y breves,  
en que sólo pasaron cosas muy leves;  
mas llegó una mañana y en la campiña  
no se oyó la voz dulce de aquella niña,  
ni la vieron jugando por la pradera,  
ni á la orilla cercana bajar ligera;  
sino luego, despacio, meditabunda,  
cual sintiendo en el alma pena profunda,  
ó cual reo inocente que al juicio asiste,  
discurrir por la playa lánguida y triste.  
¿Qué tiene la graciosa y alegre Inhiesta,  
flor la más perfumada de la floresta,  
iris resplandeciente por sus colores,  
faro de los labriegos y pescadores?  
¿Qué tiene ahora tan mústia y acongojada,  
fija siempre en las olas su azul mirada?...  
Por el lado de Oriente llegó una tarde,  
al par que hacia su ocaso el luminar que arde,

un ligero falucho con blancas velas  
que de Hernán recordaba las carabelas.  
Varios hombres, en traje de cacería,  
á la playa saltaron con su jauría,  
y hacia el monte vecino se dirigieron,  
pues de caza abundosa gozar quisieron.  
Entre aquellos, un joven cuya apostura  
y belleza marcaban su galanura,  
á la vez que en su rostro siempre elevado  
reflejaba el orgullo del hacendado,  
pareciendo el más listo de la partida  
era su voz de todos obedecida.  
Encontraron á Inhiesta por el camino,  
y al notar su hermosura el mancebo fino,  
algo dijo á la niña que oyó turbada  
inclinando la frente ruborizada.  
Desde aquel grato encuentro por la ribera  
(que ojalá nuestra niña nunca tuviera),  
muchas veces el joven volvió y se vieron,  
pues con flecha de amores los dos se hirieron.  
Por eso en sus mejillas no hay ya amapolas,  
y la doncella triste mira á las olas  
esperando al que quiere con toda el alma,  
que él tan sólo le presta la dulce calma.  
A su bueno y prudente padre amoroso,  
que era el más respetado en su oficio honroso,  
y quizá el más querido entre pescadores,  
confesión hizo Inhiesta de sus amores.

No quedó el noble anciano muy satisfecho,  
y en la duda angustiosa su amante pecho,  
conocer quiso al joven que de la esquiva  
despertó en su alma pura pasión tan viva.  
La inocencia del ángel, y aun la ignorancia  
en que vivió hasta entonces desde su infancia,  
y el saber que era Félix acaudalado,  
hizo augurar desdichas al padre honrado.  
Por esto la experiencia y deber paterno  
de velar por la hija que amaba tierno,  
el prohibir le ordenaba con voz severa,  
calculando que grave y funesto fuera  
un amor que á la joven no competía;  
por lo cual seriamente le hablaba el día  
en que empieza el relato de nuestra historia,  
y que así otra vez sigue la fiel memoria:  
—Nunca, nunca, exclamaba el juicioso padre,  
permitir debo afecto que á ti no cuadre;  
él es rico, y el mundo engañoso y vano  
ofreciéndole dichas, con torpe mano  
de la pobre aldeana le aparta aleve,  
pues si en ella su vista á fijar se atreve,  
no juzgues por sus ojos tan confiada,  
que ellos sin duda esconden pasión dañada.  
Dame prueba, hija mía, de tu ternura  
desistiendo prudente de esa locura.—  
Así dijo: y mirando á la hermosa Inhiesta,  
silencioso un momento esperó respuesta.

Como aquel que en sus propias ideas se abisma,  
ó quizá como en lucha consigo misma,  
vaciló la doncella por un instante  
recordando á su tierno y gentil amante.  
Pero al fin, cual suspiro de su quebranto,  
sólo vertió esta frase:—¡le adoro tanto!—  
—¡Oh! gimiendo el anciano dijo angustioso;  
por tu dicha y ventura diera el reposo,  
pero jamás esperes de mí esa gracia  
si ella ha de ser á costa de tu desgracia.  
Dime que has de olvidarlo, dí que obediente  
ya del pecho le arrancas y de la mente;  
dí que amarás tu honra, por la que velo;  
¡Dímelo, por tu madre que está en el cielo!—  
Como un rayo de lumbre fúlgida y bella  
iluminó la frente de la doncella;  
y cual si aquel recuerdo sólo bastara,  
levantando serena la hermosa cara,  
y con solemne acento, claro y seguro,  
señalando á una Virgen, dijo:—¡Lo juro!—  
Del placer más bendito brilló un reflejo  
en el noble semblante de aquel buen viejo  
que enjugando una dulce lágrima pura,  
fiel y vivo transporte de la ternura,  
y de pie colocando su diestra ajada  
en la rubia cabeza de su hija amada,  
y otra mano elevando majestüoso,  
dijo con eco grave, mas tembloroso:

—¡Dios oyó de tus labios el juramento  
que observarás segura del cumplimiento;  
mas si acaso la infausta y maldita suerte  
se interpone á tu paso para perderte;  
si con valor no evitas las ocasiones,  
si no rechazas firme sus seducciones  
y al fin, vencida, cedes á los halagos  
de ese amor que en tí haría crudos estragos,  
realizándose entonces mi triste augurio....!  
¡Que no vuelva á estrecharte contra mi pecho!  
¡Que se estrelle en las rocas, pedazos hecho,  
mi bajel á los golpes del mar bravío,  
y que, después mi pobre cadáver frío,  
arrojado al impulso de una ola llena,  
te lo encuentres un día sobre la arena

## II

Pasó la primavera deliciosa  
con sus plácidas tardes saturadas  
de aromados olores;  
con su verde campiña fecundosa  
y el brillo de sus frescas rocíadas  
esfaltando las hojas de las flores.

Pasó con su poesía,  
sus céfiros y auroras  
mezcladas con la dulce melodía  
de las aves canoras,  
y de todo el encanto y la hermosura  
con que Dios engalana y da armonía  
á la fértil y espléndida natura.

Pasaron del estío  
las bellas alboradas,  
que entre las ondas del inquieto río  
dibuja sus colores irisados;  
fueron en pos las siestas reposadas  
y pasó el veraniego poderío,  
con sus días ardientes y dorados  
y sus tranquilas noches plateadas.



Su marcha paulatina el tiempo breve  
siguió por su camino, inalterable,  
sólo al impulso leve  
del misterioso aliento venerable.  
Y llegó la estación en que las hojas,  
por el ábrego impío sacudidas,  
ya sin verdor y flojas  
se separan del árbol desprendidas.

Triste se hallaba el monte  
sin su hermoso tapete de esmeraldas,  
y cubierto de bruma el horizonte;  
triste ya la pradera, sin guirnaldas  
de amarillos copetes y amapolas;  
tristes, en fin, la playa y las barquillas,  
ya la espuma cortando con sus quillas  
ó amarradas meciéndose en las olas.

\*  
\* \*

La cabaña de Inhiesta  
no es ya el humilde nido placentero  
de la alondra que canta en la floresta,  
sino el pobre recinto en que, agorero,  
gemir de alguna tórtola se siente  
llorando á su perdido compañero.

La doncella, sumisa y obediente  
á la voz paternal y fe jurada,  
no volvió á la ribera,  
y, anhelando acallar su amor ardiente,  
permaneció encerrada  
desde la alegre y rica primavera.

Nadie, pues, en el tiempo transcurrido  
volvió á ver á la niña  
con su inocente y juvenil rüido  
por la feraz campiña.

\*  
\* \*

Sólo á Gil le fué dado  
penetrar, jubiloso,  
de la pastora en el redil sagrado;  
que el padre cariñoso,  
sabedor de los nobles pensamientos  
que al joven animaban,  
y de todos los puros sentimientos  
que su excelente corazón ornaban,  
entrar le permitía,  
estando en su presencia,  
pues al mozo estimaba y distinguía  
con suma y paternal benevolencia,  
y á él no más su tesoro confiara  
si la joven Inhiesta al fin le amara.  
Pero inútil delirio  
el del pobre mancebo enamorado,  
que sintiendo aumentarse su martirio  
lograba sólo verse desdeñado.  
Inútil también era el firme intento  
de la niña ardorosa  
por arrancar del alma y pensamiento  
la pasión amorosa  
que anubló su ventura y su contento.  
Cada mortal aurora que pasaba,  
la figura gentil del fino amante  
doblemente en su pecho se grababa,  
adorándole aún más á cada instante.

\* \* \*

En vano Félix también, día por día,  
el monte, la ribera y la llanura,  
en busca de su amada recorría  
con ardoroso afán y honda ternura;  
inútilmente ver á la doncella  
esperó por el prado  
en que otras veces se encontró con ella.  
Inútil fué su empeño que aun más vivo,  
y de no hallarla ya desesperado,  
creció con el poder del incentivo.  
Perdida casi toda la esperanza,  
el apuesto doncel apasionado,  
como atrevido explorador que avanza,  
procuró cauteloso con astucia  
indagar el motivo que á la hermosa  
retenía en ausencia tan extraña;  
logrando con argucia  
averiguar al fin, de que llorosa  
la niña se ocultaba en su cabaña  
para huir, á su padre obedeciendo,  
de una pasión voraz y peligrosa.  
Herido en su ternura, ó ya sintiendo  
su orgullo lastimado,  
el galán en la lucha comenzada  
se propuso vencer, y con cuidado,  
como sagaz y listo centinela,  
rondó todas las tardes la morada  
de la sensible y virginal gacela.

¡Desdichada la res sencilla y pura  
á la que acecha artero,  
bajo la hermosa y blanda vestidura  
de amoroso cordero,  
la garra impía y dura  
del ocioso animal traidor y fiero!

## III

Corazón hervoroso,  
que el fuego alientas  
y la vida consumes  
de la doncella,  
¿por qué en su pecho  
no apagaste la llama  
de amor inmenso?

¿Por qué, lágrimas puras  
de sus pupilas,  
que han secado las rosas  
de sus mejillas,  
aun corren tiernas  
como claro rocío  
sobre azucenas?

¿Por qué le dijo amores  
el caballero  
y le habló de venturas  
como del cielo?  
¿Por qué su padre  
no aprobó riguroso  
dicha tan grande?

¿Por qué nació en el campo,  
cual florecilla,  
de condición humilde  
la pobre niña;  
y entre cendales  
de lujosos tejidos  
su fino amante?

¡Ay! que dura la suerte  
posó su diestra  
sobre la incauta joven  
cándida y bella.  
¡Y en vano lucha  
por cerrar de su pecho  
la herida oculta!

¡Ay! que al fin una tarde,  
fresca y tranquila,  
como luz esplendente  
que ráuda brilla,  
la triste Inhiesta  
pudo ver á su amante  
desde la puerta.

¡Cómo aquel dulce afecto  
tan contenido  
dentro de su alma virgen  
surgió más vivo,  
y la honda llaga  
se ulceró más profunda  
sin la esperanza!

¡Cómo la noche aquella  
soñó la niña  
figurándose ansiosa  
castas delicias!  
Pero aquel sueño  
¡cuánto, desvanecido,  
fué su tormento!

Ruda y sorda batalla  
la que sostuvo;  
hondo dolor acerbo  
que ahogar no pudo;  
difícil prueba  
cual montaña escabrosa  
para vencerla.

Justo creyó y prudente  
la enamorada  
disuadir al mancebo  
que la rondaba,  
de lo imposible,  
desigual y gravoso  
de amor tan firme.

Nunca así discurriera  
la inadvertida,  
la que al santo consejo  
fiel atendía;  
nunca intentara  
apagar junto al cráter  
la hirviente lava.

Triunfadora sonrisa  
movió los labios  
del sitiador, creyendo  
rendida al cabo  
la fortaleza,  
tan altiva y hermosa  
cuanto modesta.

No le habló la cuitada  
más que un momento:  
—¡He jurado olvidarte!  
gimió diciendo:  
¡Déjame; huye!....—  
Y se alejó llorando  
cual triste nube.

Otra vez conteniendo  
su pena aguda,  
convencer quiso al joven  
de su locura.  
—¡Huye, te ruego!....—  
Dijo: pero á su lado  
pasó más tiempo.

—¡Vete, Félix del alma,  
de estos lugares,  
yo no puedo quererte!....—  
Dijo otra tarde;  
—mas ¡ay! ¡yo te amo!....—  
Y sin pensar la niña  
se halló en sus brazos.

Como licor gustoso  
que el vaso encierra  
y se vierte la espuma  
cuando fermenta;  
ó cual rebosan  
las aguas de los ríos  
que se desbordan.

Como llama que aviva  
rápido viento,  
ó como gas ahogado  
que estalla al fuego,  
así, oprimido,  
en aquellas dos almas  
brotó el cariño.....

Para vencer al hombre  
con sus halagos,  
la serpiente la fruta  
le dió del árbol.  
Y Adán, ansioso,  
por gustarla, del cielo  
perdió el tesoro.

Se secaron las flores  
del paraíso  
y se abrió en sus llanuras  
hórrido abismo,  
en cuya sima  
victorioso y contento  
Luzbel reía.

Tras la loma del monte  
al rutilante  
febo ruborizado,  
se vió ocultarse.  
Y oscura nube  
por la célica esfera  
tendió sus tules.

Ráudas iban las aves  
al nido seco;  
los sencillos pastores  
con sus aperos;  
y hacia la playa  
á buscar un refugio  
fueron las lanchas.

También pálida y triste,  
luego entre sombras,  
dirigiéndose inquieta  
hacia su choza,  
volvió la niña,  
pero mústia y temblando  
cual sensitiva.

El anciano tranquilo  
dándola un beso,  
cogió para la pesca  
los aparejos.  
Y aunque nublado,  
sin temor se dispuso  
para el trabajo.

Con acento medroso,  
con voz ahogada,  
dijo Inhiesta llorosa:  
—¡Padre! ¡no salgas!—  
Y en otro beso  
terminó suspirando  
su amante ruego.

—¡No vayas, padre mío!—  
Volvió á decirle  
queriendo detenerle,  
pero imposible.  
Y al verle en marcha  
ella quedó gritando:  
—¡Padre!..... ¡no vayas!...—

## IV

Pronto los áureos mundos siderales  
que tachonan el alto firmamento,  
con el triste capuz de las tinieblas  
para el ojo mortal se oscurecieron.

Pronto tambien la soledad reinando  
recorrió los dominios del silencio,  
y en el mar, en el campo y las cabañas,  
todo quedó como en tranquilo sueño.

Sólo la calma interrumpir solía  
el graznar del volátil agorero,  
el ladrido medroso de los canes,  
y en el mar el rumor de algunos remos.

En sus pobres hogares, ya rendidos,  
roncaban reposando los labriegos;  
tan sólo en una choza se veían  
de una pálida luz vagos reflejos.

Era la amante Inhiesta que velaba,  
sin atreverse, con temor secreto,  
á entregarse al descanso, entristecida  
sin duda por algún presentimiento.

De improviso, alterado su semblante  
y sus ojos inquieta dirigiendo  
hacia la imágen de la Virgen pura,  
de rodillas cayó en el duro suelo.

¿Qué fué lo que turbó á la tierna niña  
su frente angelical oscureciendo,  
y apagando la voz en su garganta  
con mortales angustias en el pecho?

Es que sintió como gemido triste,  
como anuncio fatal, ó como el eco  
de silbido traidor, que de repente  
rudo iniciaba su agudeza el viento.

Con soplido ruidoso, inesperado,  
el huracán se acrecentó deshecho,  
arrancando las ramas de los árboles  
y el polvo, furibundo, removiendo.

Gruesas gotas de lluvia desprendidas  
con pesadez sobre los pobres techos  
de las toseas y frágiles moradas,  
sus habitantes con temor oyeron.

Imponente arreciaba el torbellino,  
y á través de las puertas que moviendo  
crujían sin cesar, se vió brillante  
rápida y roja luz que ardió en los cielos.

Al rasgar el relámpago las nubes  
como seña esperada en el concierto,  
á rodar comenzó por el espacio  
el discordante y pavoroso trueno.

Estridente y terrible sinfonía  
prosiguió entre los grandes elementos,  
cada vez con más furia resonando  
y con más trepidez sus roncós ecos.

Abajo, el vendaval troncha y arrasa,  
y el Océano se altera allá no lejos;  
rompe el éter el rayo por la altura  
y sigue la tormenta ensordeciendo.

Entre tanto la niña arrodillada  
ante la madre del Divino Verbo,  
permanece rendida y temblorosa  
sin poder dominar su angustia y miedo.

Mas al fin, al compás del bronco ruido  
que llenaba doquier el hemisferio,  
exclamó la doncella estremecida  
con débil voz y entrecortado acento:

—¡Oh Reina poderosa! ¡del que sufre  
bálsamo bienhechor! ¡calmante excelso!  
¡refugio del que llora arrepentido  
de su mísera culpa el torpe yerro!

—¡Perdóname, Señora! ¡aquí contrita  
por tu Hijo bien amado te lo ruego!  
¡mira el pesar que me lacera el alma,  
y el dardo agudo que me hiere el pecho!

¡La tempestad aplaca y tranquiliza  
el vaivén del Océano turbulento!  
¡salva á mi padre del profundo abismo  
que atraviesa en su frágil barquichuelo!

¡Haz que llegue con vida hasta mis brazos!  
¡haz que retorne sin percance al puerto!  
y si Tú así le amparas, Madre mía;  
si acoges con piedad mi amargo duelo!...

¡Por la amada existencia de mi padre  
el sacrificio de mi amor te ofrezco,  
y ante Ti, Virgen santa, penitente,  
rendida elevaré mi humilde rezo!

Dijo así con fervor; y su plegaria  
al terminar, el llanto recogiendo,  
ya menos abatida, levantóse  
y abrió la puerta para ver el cielo.

Ya el potente Eolo de rugir cansado  
cesó, y de la tormenta el tableteo;  
ya la quietud volvía y de las nubes  
se rasgaba el crespón obscuro y denso.

Afanosa la niña, suspirando  
con ansia se fijó en el firmamento,  
esperando impaciente que la aurora  
rompiera de la noche el triste velo.

Al fin se dibujó por el Oriente  
de vaga claridad ténue reflejo,  
que avivando su luz fué poco á poco  
hasta lucir el sol con su áureo fuego.

Todo fué despertando; en la campiña  
comenzó el matutino movimiento;  
entonaron las aves sus endechas,  
y la esquila cercana llamó al templo.

Inhiesta, presurosa, sin cuidarse  
de su faz y sus rizos descompuestos,  
remoando los pies en las lagunas,  
hacia la playa se lanzó corriendo.

Mucha gente también á la ribera  
bajaba por los húmedos senderos,  
curiosa por saber si aquella noche  
produjo el temporal algún siniestro.

Ó quizá temerosa por la vida  
de algún querido ser que, en su desvelo,  
la inclemencia del mar desafiaba  
en busca del trabajo y del sustento.

Mas todos, al llegar, á un punto mismo  
las miradas y pasos dirigiendo,  
veloces hacia allí se arremolinan  
con extraño y ruidoso clamoreo.

El asombro se pinta en sus semblantes  
y en sus voces se nota el sentimiento,  
con los ayes que exhalan doloridos  
á la vista de un trágico suceso.

Todos, con el terror de la sorpresa,  
se agrupan más y más, reconociendo  
el cadáver de un hombre que las olas  
sobre la blanda orilla despidieron.

Con su débil eskuife, al rudo embate  
del huracán fatídico y violento,  
la víctima luchó, contra las rocas  
estrellándose en breve y pereciendo.

De la triste desgracia discurrían  
los pobres campesinos, cuando vieron  
que abriéndose lugar por entre el corro,  
desalentada Inhiesta llegó al centro.

Un grito agudo, penetrante, horrible,  
salió de su garganta, y sobre el cuerpo  
del ya rígido náufrago arrojóse,  
delirante abrazándolo y diciendo:

—¡Es mi padre!.... ¡mi padre!.... ¡¡padre mío!!  
¡imprudente falté á mi juramento,  
y así Dios por mi culpa me castiga!  
¡Se cumplió tu amenaza!.... ¡¡ya estás muerto!!....

Y lívida, llorando, la infelice  
mesábase convulsa el blondo pelo,  
hasta que al fin, con repentina calma  
y con los ojos sin fijeza y secos,

Se irguió, intentando en su febril delirio  
levantar á su padre, y con esfuerczo  
arrastrarlo consigo; pero inutil  
fué de la pobre niña el árduo empeño.

Lágrimas de dolor los aldeanos  
derramaban, lo horrible comprendiendo  
de aquella triste escena, cuando un mozo  
del grupo adelantándose ligero,

Llegó á la desdichada generoso  
á ofrecerle su auxilio y sus consuelos;  
mas la joven, mirándole espantada  
cual si viera de pronto algún espectro,

Le gritó enronquecida, señalando  
al pobre pescador en tierra yerto:

—¡Yo le causé la muerte!... ¡aparta!... ¡aparta!...  
¡no turbes, insensato, su silencio!...

¿Quieres juzgar mi crimen?... pues escucha....  
¡escúchalo, por Dios!... ¿no oyes el eco  
de ese rumor que suena por los aires,  
semejante al rugir del ronco trueno?...

Pues no es de la tormenta, no, te engañas,  
¡y á tí tan sólo confiaré el secreto!...

¡Es la voz de mi madre, que ofendida  
gritando está: ¡perjura! desde el cielo!

Y con risa nerviosa que angustiaba,  
y abriéndose camino sin concierto,

á correr se lanzó por la ribera

—¡soy perjura!... ¡perjura!...—repetiendo.

—¡Está loca! ¡infeliz!—todos llorando,  
con pesar tan profundo cual sincero,  
exclamaron, y á poco lentamente  
dispersándose tristes de allí fueron.

Sólo, meditabundo, cabizbajo,  
quedó junto al cadáver un mancebo;  
era Gil, con el alma destrozada,  
que desde el fondo de su amante pecho,

Elevó una oración, y conmovido,  
extendida la diestra sobre el muerto,  
dijo con voz solemne:—¡Noble anciano!....  
¡juro velar por ella bajo el cielo!—

## V

Veloces fueron los días,  
y en su rápida carrera  
pasaron ráudas las horas,  
que el tiempo no corre, vuela.  
Ya no se cubren los campos  
con capa de nieve espesa,  
ni el sol oculta su brillo  
detrás de las nubes densas,  
ni los árboles desnudos  
de incuria y de frío tiemblan.

Que otra vez volvió el reinado  
de la hermosa primavera,  
y las fértiles campiñas  
se visten con verdes telas,  
y ya florecen las ramas  
y hay aroma en las praderas,  
que Cérés movió el arado  
y fructifica la tierra.

De nuevo forman las aves  
su nido entre la arboleda,  
y con sus dulces gorjeos  
doquier el espacio alegran.

El cielo de azul más vivo  
y esplendoroso se ostenta;  
el rey de los astros luce  
con su aureola más bella,  
y la creación se reanima  
y las brumas se despejan;  
y de noche el firmamento,  
como la casta doncella  
que pudorosa se encubre,  
su rico manto despliega,  
donde los ángeles puros  
bordaron ígneas estrellas,  
y donde la blanca luna  
con mágica transparencia  
su velo monjil extiende  
divinizando la tierra,

mientras domina en la altura  
y en los mares reverbera.

¿Qué fué de la dulce niña,  
de la cándida doncella  
que al golpe del infortunio  
perdió la luz de la idea?  
Todos los días temprano,  
el alba luciendo apenas,  
cuando los rudos vecinos  
de la comarca se aprestan  
á sus trabajos, ya miran,  
sintiendo profunda pena  
por tan grande desventura,  
á la triste y pobre Inhiesta,  
que recorriendo la playa,  
sin tino, pálida, inquieta,  
va como débil arista  
que el viento á su impulso lleva,  
ó cual si buscara ansiosa  
alguna perdida prenda,  
ó más bien de un ser querido  
cual si aguardara la vuelta.  
Allá va, círculo oscuro  
sus bellos ojos rodea  
y en sus órbitas se mueve  
la pupila sin fijeza.  
Su faz, que antes envidiaran

la rosa y la nácar perla,  
hoy amarilla y sin brillo  
parece de triste cera.  
Destrenzados los cabellos,  
como fúlgida diadema  
su frente cubren y caen,  
cual manto de rica tela,  
sobre su gentil espalda,  
donde abundosa se ostenta,  
semejando veste de oro  
de noble matrona régia,  
ó el aurífero tocado  
de la Virgen pura y bella.  
Siempre así, siempre á igual hora  
se la ve por la ribera,  
divagar con desvarío  
sin memoria y sin conciencia,  
hiriendo sus pies desnudos  
entre las conchas y piedras,  
el vestido desgarrado,  
y de su boca entreabierta  
de vez en cuando vertiendo  
palabras con incoherencia;  
pero también como sombra  
que el cuerpo adherida lleva,  
ó como lebel que guarda  
de su amo vida y hacienda,  
así, al par que á la demente,

se mira al buen Gil tras ella,  
siguiendo siempre sus pasos,  
ya de lejos ó de cerca,  
como el avaro ambicioso  
que cuida de su riqueza,  
como el que va tras la gloria,  
como eterno centinela,  
ó cual amorosa madre  
que por el tierno hijo vela.  
¡Corazón noble y piadoso;  
alma de virtudes llena,  
cumplía su juramento  
de proteger la inocencia  
de la huérfana infelice,  
su único bien en la tierra!

## VI

Una mañana del Abril florido  
no bella ni tranquila,  
sino azotada por el cierzo crudo  
que invisible gemía;

De sus débiles chozas al resguardo  
la gente campesina  
permaneció, como en sus pobres nidos  
las negras golondrinas.

También algunas lanchas pescadoras  
sujetas se veían,  
revelando del dueño el abandono  
ó el mal que presentía.

Para el ojo avizor que la descubre,  
cargada nubecilla  
la tormenta previene, y con recelo  
su rudo choque evitan.

Con la ausencia del sol la tierra triste  
parece que suspira,  
y que lloran las flores, recogiendo  
su aroma de aquel día.

La nube antes pequeña, el ancho cénit  
cubrió pronto extendida,  
y en breve de su líquido las gotas  
lanzaba en lluvia fina.

El viento rugidor silbando agudo  
los árboles blandía,  
y fingiendo las olas sordos ruidos  
inquietas se mecían.

La anunciada irrupción de los poderes,  
que furiosos dominan,  
comenzó á desplegar por los espacios  
su temblorosa ira.

Con temerario arrojo, y en pos de ella  
siguiendo su vigía,  
por una de las sendas que dividen  
el llano y la colina;

sin que fuera bastante fuerza humana,  
ni halago, ni caricia,  
á detenerla un punto, en el momento  
que el temporal crecía,

la figura de Inhiesta se descubre,  
cual copia parecida  
de escultural imagen que recuerda  
lo bello de otras líneas.

Como máquina móvil, cual autómeta  
que insensible camina,  
así la joven va por aquel campo,  
del que fué la alegría.

¡Cuánto muda el dolor, cuánto destroza  
las delicadas fibras  
y agosta como viento huracanado  
las flores de la vida!

La muchacha en silencio, indiferente,  
sin brillo en las pupilas,  
caminando serena hacia la playa  
sus pasos dirigía.

Largo tiempo siguió por la ribera  
sin levantar la vista  
ni temer que la lluvia rociara  
sus pálidas mejillas.

Hasta que al fin, sobre la blanda arena,  
tocando con la orilla,  
se sentó como el ser que cae rendido  
al peso y la fatiga.

En tanto el vendaval, enfurecido,  
con fuerza proseguía,  
y las oscuras nubes derramando  
el agua recogida.

De repente, un horrisono estampido,  
por la extensión de arriba,  
con ímpetu al tronar, de la doncella  
estremeció las fibras.

Como si aquel estruendo misterioso  
le diera luz y vida,  
se levantó la joven reparando  
en torno de sí misma.

Y pintándose el miedo en su semblante  
y la pena infinita,  
en un punto del mar detuvo absorta  
la mirada sombría.....

Luchando con las ondas, un esquife  
por la corriente iba,  
sin que pudiera el remo aproximarle  
á la anhelada orilla.

Con gritos de terror sus navegantes,  
que naufragar sentían,  
demandaban auxilio con la angustia  
del alma estremecida.

Mucha gente de mar y del contorno  
á la playa corría,  
sus débiles esfuerzos á prestarles  
piadosa y compasiva.

Imposible surcar por el abismo  
en tan funesto día;  
cada golpe de mar amenazaba  
con imponente ruina.

Sin timón y sin vela, destrozado,  
el bajel se veía,  
y los seres que en él se columpiaban  
cercaños á ser víctimas.

—¡Socorro! ¡Salvación! — clamaban éstos  
con voces de agonía,  
y agotando sus fuerzas por librarse  
del fin que preveían.

—¡Arrojemos un cabo! ¡Pronto, amigos!—  
una voz conocida  
dijo, uniendo á su enérgica palabra  
la acción caritativa.

Pero inútil trabajo, el oleaje  
rabioso se oponía,  
y entre montes de espuma rechazaba  
la cuerda sumergida.

—¡Piedad! ¡Misericordia! —en tanto aquéllos  
rogaban de rodillas,  
y rindiéndose ya desesperados  
juraban y gemían.

Un momento más próximos á tierra,  
la multitud reunida,  
en los náufragos vió á los que otras veces  
de caza al monte iban.

A la vez un gemido sordo, extraño,  
resonó en la campiña.....  
un relámpago ardió..... y el pobre esquife  
despareció á la vista.....

Un aye general tras el siniestro  
siguió, y enmudecida  
la gente hacia el lugar que ocupa Inhiesta  
con emoción profunda se aproxima.

Dirigiendo las manos hacia el punto  
de la triste desdicha,  
y con acento lúcido y doliente  
la enferma joven aterrada grita:

—¡Félix!... ¡qué horror!... ¡perdona, padre mío!  
¡del cielo es la justicia!  
¡Perdona, Dios clemente!.... —y con viveza  
se hundió en el seno de la mar bravía.

Otro grito también, grito salvaje  
como de fiera herida,  
se oyó de un hombre que en el hondo abismo  
se arrojó con audacia tras la niña.

¡Momentos de inquietud y de amargura!  
¡El corazón latía,  
mortal incertidumbre revelando  
el temor de las almas afligidas!

Nadie se ocupa ya ni se lamenta  
de la lancha perdida:  
son sus fieles amigos que sucumben  
los que en su pecho y su atención dominan.

•  
¡Y no pueden salvarlos! ¡Trance horrible!  
¡Pesadumbre infinita,  
que hace verter el llanto de los ojos  
fijos sobre las aguas intranquilas!

¡No hay remedio posible! Ningún bote  
la fiera sacudida  
sostiene sin volcar; no hay maniobra  
que al poder del gigante se resista.

Ya desmaya el espíritu cristiano  
de los que ansiosos miran.....  
¡Ya no queda esperanza!..... — ¡Dios del cielo!  
¡Salvadlos de la muerte! — repetían.

Hubo una pausa muda, misteriosa:  
la ardiente rogativa  
Dios escuchó, la tempestad calmando.  
¡El pueblo alienta y con afán se agita!

¡Unos segundos, y del fin temido  
el hecho se confirma!.....  
¡Un segundo no más!..... — ¡gran Dios! ¡Milagro!  
¡Por la izquierda! ¡Ayudemos, que vacila!

— ¡Al agua! ¡Al agua! — y los más valientes  
decididos se tiran,  
y bien pronto con Gil y con Inhiesta  
al dulce abrigo de la playa arriban.

Voces de gratitud llegan al cielo;  
el júbilo se pinta  
en los serenos rostros; de los labios  
frases consoladoras se deslizan.

Vierten los ojos su raudal más puro  
de lágrimas benditas,  
y en derredor de Gil todos, le abrazan  
y su virtud y su heroísmo admiran.

Tornada á la razón la bella joven  
y tornada á la vida,  
¿quién sabe si curó también del pecho  
los punzantes dolores que sentía?

¡Con los rayos del sol viven las plantas,  
y crecen, y se animan!  
¡Y al fuego del amor que Dios bendice  
goza el alma del bien que purifica!







## AL TIEMPO

---

El tiempo es oro.

Hijo de Dios y de su amor fecundo,  
soberano del mundo,  
eres ¡oh tiempo! enigma portentoso  
lleno al par que de luz de sombra densa  
para el mísero ser que altivo piensa  
y en lucha formidable, cual coloso,  
tu arcano incomprensible  
quiere escalar por senda inaccesible,  
los orígenes puros alcanzando  
del manantial bendito  
y el inconsútil velo levantando  
que oculta lo infinito,  
sin conseguir en su tenaz deseo,  
atrevido pigmeo,  
de la creación enano caminante,  
más que llegar al límite marcado  
del ingenio brillante  
y la preclara ciencia,

y comprender, rendido y fatigado  
cuanto más elevado,  
su exigua pequeñez y su impotencia.

No es definible el tiempo misterioso  
que se pierde en el caos de la nada  
antes de la gran obra consumada  
por el sabio Hacedor, mundo asombroso  
que alumbró con la luz de su mirada.  
Pero al pobre mortal inteligente,  
á quien Dios en la frente  
puso el rayo divino  
de la santa poesía,  
de ese sol peregrino  
que nunca apagará la guerra impía  
de locos detractores,  
porque es fuego sagrado  
que enciende el corazón con sus ardores,  
y esencia de Dios mismo,  
fantasear le es dado  
por la región sin fin del idealismo.

Cronómetro es el tiempo en cuya esfera  
la máquina admirable  
señala el movimiento invariable  
de la Creación entera.  
El motor impulsorio,  
con rara exactitud y regla, fija  
la dirección y curso giratorio  
¡secreto de alta ciencia!

al globo terrenal que nos cobija.  
Los siglos son las horas,  
cada minuto indica una existencia,  
y segundos no más ¡triste evidencia!  
son las fugaces dichas seductoras.

Cuando la cuerda cese en sus funciones  
y caiga descompuesto el aparato  
á impulso de terribles conmociones,  
el mecanismo ingrato,  
en breve mudo, roto  
y en polvo convertido, al antro ignoto  
arrojado será; y el hemisferio,  
fundido en las tinieblas del misterio,  
acaso volverá resplandeciente  
al brillo de los mundos siderales  
á lucir nuevas galas celestiales  
por voluntad suprema del Potente.

Las edades lejanas,  
aquellas que pasaron fugitivas  
como ilusiones vanas,  
desde la más remota en que reinaron  
las ignorantes razas primitivas,  
que gozaron el noble privilegio  
de inaugurar nuestro planeta egregio  
y á sí mismas sus ídolos alzaron  
en árboles, en piedra y en papiro,  
por extraña intuición, con rudo giro  
y caracteres casi indescifrables,

la relación confusa nos legaron  
de sus hechos notables.

Mas avanzando el mundo presuroso  
por el celaje etéreo que lo envuelve,  
ese infinito espacio prodigioso  
que ni cambia jamás ni se disuelve,  
la clara inteligencia fulgurando  
como incendio divino,  
cada década abrió nuevo camino  
las artes y las ciencias propagando.

Nuevas generaciones  
con rapidez surgieron,  
unas y otras cantaron sus acciones,  
los siglos á los siglos sucedieron,  
y el tiempo, facultado  
con divinos poderes,  
tuvo el deber sagrado  
de transmitir á los incultos seres  
los heróicos sucesos del pasado.

En mármoles y en bronce el genio artista  
conmemoró, ostentando sus progresos,  
á los próceres dignos de memoria,  
y como fiel cronista  
dejó en ricos volúmenes impresos  
los rasgos culminantes de la historia.

También entre las páginas insertas  
en el inmenso libro de la vida,  
ya de polvo cubiertas,

cual multitud sin orden confundida,  
vemos, desalentados,  
que siempre fueron juntas y mezcladas  
las rotas y manchadas  
con las de bordes limpios y dorados.

De bienes y de males, sin un punto,  
las hojas están llenas,  
significando en singular conjunto  
delirios, alegrías, hondas penas,  
amores, desengaños,  
placeres, infortunios, esperanzas,  
beneficios, engaños,  
imprevistas mudanzas,  
aspiraciones, mezquindad, grandeza,  
obscurantismo, lucidez, pobreza;  
la ostentación á la miseria unida,  
la virtud por el vicio perseguida  
y la humildad por la soberbia hollada;  
víctima el débil, triunfador el fuerte;  
la ventura con lágrimas regada,  
y en consorcio la vida con la muerte.

Por el registro abierto  
en blanco todavía,  
¿quién podrá adivinar, si es tan incierto  
lo que á mañana mismo se confía,  
si el porvenir será de otras edades  
más claro y más feliz en poderío,  
ó si en nubes envuelto y tempestades

se mostrará sombrío?

¡Ah, sí! que de los tiempos aún se ignora  
cuál el mejor será, cuál el más duro

- para la humana grey generadora,  
si el pasado, el presente ó si el futuro.

En la primera etapa dominante  
hay brumas, confusión, vagos albores;  
en la segunda, luz exuberante,  
lujo sin par de ingenios inventores,  
lumberas bendecidas,  
á la vez que profundas sacudidas  
y ominosos alientos destructores.

¡Quién sabe la tercera,  
por la pendiente oscura  
do se inclina terrible y altanera  
en su feroz locura  
de crímenes odiosos,  
la humanidad traidora que germina,  
si en la lid postrimera  
corriendo impetüosa á su ruina  
se hundirá en los abismos tenebrosos!

¡O si acaso en el día venidero  
de perdón y de gracias paternas,  
alcanzando el mortal rico venero  
de glorias celestiales,  
ya á la divina voz fiel y sumiso,  
gozará de las dichas eternas  
en un nuevo y hermoso paraíso!

¡Quiera Dios tal ventura!

Mas en tanto recibe la criatura  
premio ó castigo al fin de la partida,  
proseguirá su marcha indefectible,  
en su fondo sintiendo estremecida  
convulsiones extrañas,  
la tierra en el espacio suspendida  
por el hilo invisible,  
vida y muerte llevando en sus entrañas.

¡Oh tiempo actual, que asombras y seduces,  
llamado el de las luces;  
tesoro del obrero,  
mina que explota ruin el egoísmo,  
de atmósfera viciada en el grosero,  
pornográfico y torpe sensualismo!

Tú que á la vez repartes  
tristezas y alegrías,  
y que en momentos rápidos compartes  
las noches y los días;  
siendo para los más tan sólo un mito,  
una ilusión, un tránsito penoso;  
para los menos idéal bendito,  
un sueño halagador, breve y hermoso.

Que eres para los hombres luz furtiva,  
ó ráfaga de viento,  
y estrella fugitiva  
que se pierde en el ancho firmamento.

O cual simoun que pasa en torbellino

abrasando de sed al peregrino;  
que en eriales conviertes y en pavesas  
los campos de la vida que atraviesas.

Asimismo, cual céfiro süave,  
como aroma precioso de las flores,  
y como el trino plácido del ave,  
das al alma consuelos bienhechores.

Y eres para el dolor bálsamo puro,  
para el pobre esperanza lisonjera,  
para la juventud goce inseguro,  
para la ancianidad dicha ligera.

De ti se aguarda siempre el bien perdido  
y el placer no gozado,  
y de tí espera el triunfo ambicionado  
el docto en el estudio enancado.

Yo también, esperando la ventura  
que forjé en mis ensueños  
con mágica dulzura,  
de amores y laureles halagueños;  
fuí por senda de rosas,  
como van las doradas mariposas  
por entre bellas flores,  
libando el dulce jugo apetecido;  
y sentí rozaduras espinosas,  
el corazón herido  
y amargos sinsabores.

Mas hoy que sin dolor alienta mi alma,  
que para mí eres bueno,

porque disfruto en paz la suave calma  
de tu ambiente sereno,  
y eres el libro sabio que me enseña,  
bello juguete de mi edad risueña,  
hoy mi mejor amigo,  
¡yo te saludo ¡oh tiempo! y te bendigo!







# El Rosario de la Aurora.

## TRADICION SEVILLANA

Las tradiciones patentizan el carácter y condición de los pueblos.

Finaba el año segundo  
del siglo déci-noveno,  
siglo de luz y de industria,  
del lucro y de los inventos.

Una ciudad populosa  
de fértil y hermoso suelo,  
de perfumados verjeles  
y frondosos naranjeros,

Levántase entre murallas  
cual poderoso guerrero  
bajo su fuerte armadura  
sencillo, ardoroso y tierno.

Altivas se alzan sus torres  
derechas al mismo cielo,  
que casi tocando roban  
grandeza, encanto y misterio.

Y amante la baña un río  
que al reflejarla en su seno  
le prodiga entre sus ondas  
el murmurio de sus besos.

Ella es la ciudad querida  
de nobles y de plebeyos,  
la predilecta sultana  
del invasor agareno.

La de alcázares morunos,  
la de magníficos templos,  
la de graciosas mujeres  
de corazones de fuego.

La reina de Andalucía,  
que guarda en su augusto seno  
muy codiciados tesoros,  
mil históricos recuerdos,

Mil tradiciones famosas  
de lances caballerescos,  
y muy curiosas consejas  
de amores y devaneos.

Así de aquella centuria  
en el citado comienzo,  
Sevilla\* mostraba hermosa  
sus atractivos inmensos.

Y era del mundo admirada  
por el culto de sus templos,  
por la piedad de sus hijos  
y su fervor verdadero.

## II

En uno de los costados  
de la Puerta Real, brillaba  
como lucero bendito,  
una reluciente lámpara  
que ante un altar suspendida  
continuamente alumbraba  
á la imagen pura y bella  
de la Merced sacrosanta,  
que una de las Hermandades  
del Rosario, muy nombrada,  
bajo título tan dulce  
con efusión veneraba.

Al otro costado extremo  
de la Puerta mencionada,  
los devotos de la Virgen  
tras de otra puerta guardaban  
los objetos religiosos,  
como faroles con asta,  
la gran Cruz y el Sin-pecado,  
que desde fecha muy larga  
para hacer sus ejercicios  
á sacar acostumbraban  
los sábados por las calles  
saliendo de madrugada;

costumbre á la que añadian  
primero, con mucha gracia,  
la de salir los hermanos  
pidiendo de casa en casa,  
para el culto de la Virgen,  
con canciones entusiastas  
y al son de sus campanillas  
que al mismo compás tocaban.  
Los hijos del Santo Rey  
que un día feliz entrara  
por la Puerta Real, triunfante  
de la gente musulmana,  
sostenían en sus pechos  
aquella memoria fausta,  
y al par que valientes eran  
modelo de fe sus almas,  
como en cumplir eran fieles  
sus antiguas observancias.

### III

La noche su rico manto  
de estrellas y terciopelo  
fué por el Bético cénit  
majestüosa extendiendo.  
Alegre la primavera

desplegando suave céfiro  
purificaba el ambiente  
con su aromático aliento.  
La amada de los Califas  
y de Reyes justicieros,  
la cuna de San Fernando,  
la de los grandes ingenios,  
animada se veía  
con alegre movimiento  
y por las calles y plazas  
del barrio de los Humeros  
hombres, mujeres y niños  
atravesaban corriendo  
hacia el punto en donde oían  
de música rara el eco;  
no porque fueran extraños  
á tan ruidoso suceso,  
ni porque nada observaran  
con más atención ó nuevo;  
sino que reunidos iban  
algunos campanilleros  
cantando de puerta en puerta  
al son de sus instrumentos,  
y al pueblo gustaban siempre  
de sus canciones los ecos  
que ardorosos repetían  
de fe y de entusiasmo llenos.  
En sus capas embozados

y hasta la ceja el sombrero,  
bajo del cual anudaban  
el encarnado pañuelo,  
los consabidos cofrades  
se hallaban muy satisfechos  
parados ante una casa  
de pobre y ruinoso aspecto,  
y sus miradas fijando  
en la triste luz de adentro,  
cantaban al sonsonete  
de su tin-tin sempiterno:

«A tu puerta están las campanitas,  
ni te llaman ellas ni te llamo yo,  
que te llama la boca de un ángel  
cuatro jilgueritos y un ruiseñor.»

Abrióse la humilde puerta,  
y una anciana apareciendo,  
Dió algunos maravedises  
murmurado un padre-nuestro;  
más allá, junto á una reja,  
formándose en corro luego,  
los mismos daban al aire  
sus destemplados acentos.  
Quizá tras la celosía  
la dueña de alguno de ellos

se encontraba, pues oyóse  
tan sola una voz diciendo:

«Niña hermosa, que adoro y escuchas  
del campanillero la santa canción,  
benedicida será la limosna  
que des por la Virgen de tu devoción.»

Ligera una mano blanca  
salió por entre los hierros,  
y al mozo más inmediato,  
que estaba alegre y risueño,  
le entregó algunas monedas  
con un ráudo movimiento;  
pero por un vivo impulso  
el joven campanillero  
sentir le dejó en la mano  
el roce de un dulce beso.  
Ahogó la mujer un grito,  
rugió con fiereza un pecho,  
y encendido el de la trova  
en la llama de los celos  
por tierra tiró de un golpe  
al atrevido mancebo,  
que irguiéndose con presteza  
cual temerario guerrero,  
quedó frente al enemigo

para la lucha dispuesto.  
La gente corrió azorada;  
se acrecentó el movimiento;  
abrieronse los balcones  
las puertas cerraron presto,  
y algunos al par gritaban:  
—¡Un toro!—¡ladrones!—¡fuego!  
Mas comprendido el engaño  
sin conocer el suceso,  
tranquilizóse la gente,  
la calma reinó de nuevo,  
y á poco, regocijados,  
por ante sus casas vieron  
otra vez tocando alegres  
pasar los campanilleros,  
que maliciosos cantaban  
con tono más picaresco:

«El demonio, como es tan travieso,  
me tiró una piedra y rompió un farol:  
y salieron los Frailes Franciscos,  
y lo apedrearon por el callejón.»

Así pasó la tormenta,  
y así por doquier siguieron  
entonando sus canciones  
tranquilos y satisfechos;

en tanto que los rivales  
mirándose y sonriendo,  
se repetían muy bajo:  
—¡Nos veremos!—¡nos veremos!

## IV

Pasadas algunas horas,  
los que tenían el encargo  
de ir á llamar á las puertas  
de los dormidos hermanos,  
cumplieron fieles, á todos  
la devoción avisando.  
Reuniéronse uno á uno,  
sus faroles prepararon,  
y de la Virgen el nombre  
de la Merced invocando,  
con orden y reverencia  
por las calles caminaron,  
mientras que todos fervientes,  
sus voces al par alzando,  
pasaban tras dulce rezo  
las cuentas de su rosario.

## V

Su velo ya describía  
el astro de las tinieblas,  
apareciendo la aurora  
con su púrpura más bella.  
Los pajarillos trinaban  
sus matutinas endechas,  
y en sus cálices las flores  
aumentando su riqueza,  
mostraban la rocíada  
cual una lluvia de perlas.  
Sevilla, ya de su sueño  
despertaba placentera,  
como la hermosa que siente  
de encantos el alma llena,  
y aún, en su dicha embebidos,  
hablaban por una reja  
dos jóvenes, repitiendo  
sus amorosas ternezas.

Ella, olvidando á otro amante,  
le daba de afecto pruebas,  
y él con fe le prometía  
su ardiente pasión eterna.

Corrieron así las horas  
para la amante pareja,  
forjándose venturosos  
las ilusiones más bellas.

Y ya á separarse iban  
sus corazones con pena,  
quizás augurando tristes  
alguna desdicha cierta,

Cuando de nuevo pasando  
la fiel Hermandad de vuelta  
de sus santas devociones  
y matutinas tareas,

Se hallaron los dos rivales  
el uno del otro cerca,  
miráronse frente á frente,  
ardió la sangre en sus venas;

Y al impulso de los celos,  
estallando la tormenta  
que sordamente rugia,  
con nuevo calor y fuerza,

El amante desairado  
por la voluble doncella,  
olvidando en el momento  
su fervor y reverencia,

Dió un terrible farolazo  
al galán en la cabeza.  
Brilló en los ojos la ira,  
causó cólera la ofensa,

Y en lucha fuerte y temible,  
los dos con igual fiereza,  
se lanzaron decididos  
á vencer en la contienda.

Los del Rosario, asustados,  
huyeron con ligereza;  
sonaron voces de alarma,  
y á la vez tras de la reja

Se escuchó un ¡ay! lastimero,  
mirándose á poco en tierra  
herido al feliz amante,  
la calle doquier desierta,

Y por el suelo esparcidos,  
cual restos de la pelea,  
cristales, capas, faroles,  
navajas, palos y velas.

## VI

Por eso en sus tradiciones,  
Sevilla, ciudad hermosa,  
mezclando amantes tragedias  
con escenas fervorosas,

Refiere que en cierto día  
de inolvidable memoria,  
se concluyó á farolazos  
el Rosario de la Aurora.



## JESUS NAZARENO

*Ad majorem gloriam Dei.*

---

Dadme, Señor, de vuestra luz un rayo,  
un reflejo no más de vuestra gracia,  
que ilumine mi frente  
y encienda el sacro ardor de la poesía  
en mi modesto numen,  
para cantar la excelsitud inmensa  
de vuestro santo nombre;  
la sublime humildad de vuestra vida  
para constante ejemplo;  
la divinal doctrina que en la tierra  
promulgó vuestro espíritu influyente  
la verdad predicando;  
el amor infinito que os indujo  
á redimir al hombre de la culpa,  
en la ominosa cruz, víctima siendo  
de la impiedad humana;  
los grandiosos prodigios que á los seres  
vuestro poder augusto confirmaron,  
y el celeste esplendor de vuestra gloria.

La estrella por Jacob vaticinada,  
de improviso en el zenit  
apareció, alumbrando portentosa  
el oscuro sendero  
por donde á ciegas caminaban torpes  
los inquietos mortales.  
Aquel astro lumíneo  
fué la señal ansiada,  
y los sabios caldeos con vanagloria,  
al descubrir la rutilante estrella,  
mostraron á los hombres  
el anuncio divino.

La realidad bendita  
del augurio feliz llenó de gozo  
los tristes corazones que esperaban  
al Justo delegado del Supremo,  
para encauzar los ríos mundanales  
de las claras corrientes desviados.  
Himnos de dicha excelsa  
los ángeles cantaron, y sus voces,  
con asombro del mundo,  
«¡hosanna! ¡hosanna! alegres repetían:  
»¡bendito el que en el nombre de Dios llega  
»para bien de los seres!  
»¡Incrédulos, sabed que se ha cumplido  
»la oferta del Señor; id presurosos  
»con júbilo á Belem, cuna sagrada  
»donde en mísera cueva se enaltece

»el fausto nacimiento del Mesías!»

A los rítmicos sonos celestiales  
los ánimos despiertan;  
gente de todas partes, presurosa,  
corre á ver el portento  
y á llevar sus ofrendas bendecidas.  
Tres nobles soberanos del Oriente,  
siguiendo tras el punto luminoso  
que su camino marca,  
llevando en sus camellos ricos dones,  
van á su vez con gozo y mansedumbre  
á rendir al nacido su homenaje.

En la rústica estancia,  
pobre albergue de un Dios humanizado,  
inundada de lumbre misteriosa  
y excelso misticismo,  
se aspira un suave aroma delicioso  
y el grato bienestar de la grandeza.  
Una mujer bendita,  
de rostro juvenil terso y rosado,  
flor la más bella y pura  
de los pensiles de Judá, floridos,  
y un venerable anciano, en cuya frente  
luce el brillo especial de noble raza  
con que selló David su descendencia,  
con sin igual ternura junto al niño  
prosternados, lo miran amorosos  
y alaban al Eterno.

Multitud de pastores,  
de sencillos labriegos y hacendados,  
con éxtasis contemplan  
al hijo de Jehová, Rey poderoso,  
no en un lecho de plumas,  
sino en rudo pesebre,  
sobre las duras pajas recostado;  
y siervos y señores de rodillas  
adoran al infante  
con ardores profundos;  
los esclavos le ofrecen su pobreza,  
los ricos oro y mirra,  
y grandes y pequeños  
cantan con armonía melodiosa  
el suceso feliz, maravilloso.

El niño celestial circuncidado  
por órdenes supremas,  
es llamado Jesús, nombre glorioso  
que luego en la corriente  
del Jordán de la gracia  
ratificó el Bautista:  
mas antes de alcanzar bien tan precioso  
persecución odiosa  
sufre el príncipe tierno.

Un impío monarca  
de la misma Judea, temiendo airado  
que el divino Mesías  
de su dorado solio se apodere,

ordena cruel y fiero  
degollar á los niños,  
á fin de que sucumba  
aquel hijo de Dios preconizado.  
Mas el augusto Padre  
salva al niño inocente  
de la maldad de Herodes,  
haciendo que á José de este peligro  
un emisario angelical prevenga.  
La sagrada familia  
huye veloz á Egipto, sin más bienes  
que su adorado infante, su tesoro;  
y allí en santa quietud, pobres viviendo  
con penosos trabajos,  
permanecen ocultos  
sumisos al Señor, hasta que un día  
la muerte del tirano  
les permite volver al país nativo.

Mas igual que las horas del destierro  
en la egipciaca Heliópolis pasaron,  
de nuevo en Nazareth sufren pacientes  
el pesado rigor de la miseria.  
María, resignada,  
cumple con dulce amor sus altos fines  
de esposa virginal y tierna madre;  
José, con santo ardor, busca en su oficio  
el sustento que es vida de los suyos,  
y hasta el mismo Jesús presta al anciano

sostén en sus afanes laboriosos.

Firmes observadores  
de la ley de Moisés, van diligentes  
á celebrar la Pascua.

Bulle en Jerusalem, con alegría,  
la abigarrada multitud que llega  
ansiosa de asistir al sacrificio  
del Cordero sin hiel; todo es ventura  
en la brillante fiesta, que al fin pasa,  
y retornan los fieles peregrinos;  
pero los dos esposos  
notan la falta de su niño amado,  
y llenos de dolor van en su busca.

—¿Dónde está mi Jesús? gime María;  
—¿dónde mi dulce bien? claman á un tiempo  
los cónyuges benditos, sin descanso  
volviendo á recorrer calles y plazas.

Hondas angustias sienten  
con ansias paternas,  
mas termina el pesar cuando en el templo  
encuentran á Jesús, sol de los soles,  
inundando de fe con su palabra  
á los doctos varones que lo escuchan  
con grande admiración. ¡Oh, santo niño!  
¡Bien revela que el cielo es quien lo inspira!  
¡Pronto, desde la infancia, ha comenzado  
su divina misión sobre la tierra!

Los pueblos corrompidos,

sin virtud ni creencias, van delirantes  
al hondo precipicio encaminados  
con ceguedad funesta,  
cuando Jesús hecho hombre,  
obediente á la voz del Poderoso,  
acude con dulzura  
á remediar los males, desterrando  
el vicio y la herejía.

Torna desde el desierto á Galilea,  
dirige á los humildes pescadores,  
hijos del Zebedeo, súplica ardiente,  
que con amor acatan.

Otros hombres, también impresionados  
por su atractivo acento,  
oyen con dulce arrobó al nazarcista  
y le siguen doquier; Jesús entonces,  
en Maestro convertido,  
enseña el sumo bien de las virtudes  
y el amor al que rige cielo y tierra.

Con tan puras doctrinas,  
que á su vez los discípulos propagan,  
abjuran de su error muchos gentiles,  
sus ídolos rompiendo;  
y en nueva claridad bañado el mundo  
con ondas de luz viva,  
se elevan las miradas al empíreo  
¡y el Espíritu Santo resplandece!

Las sublimes verdades

que predica Jesús y sus sentencias  
con respeto y temor son escuchadas.  
Descreídos y curiosos  
llenan la Sinagoga, y asombrados  
oyen el suave acento  
del orador divino,  
que infunde paz al alma sin reposo,  
consuela al que padece  
y los torpes cerebros ilumina  
desterrando las sombras de la duda.

Las masas que le siguen,  
practicando la fe del Evangelio,  
del misterioso joven peregrino  
ensalzan el saber y la grandeza.  
¡Mas aún hay corazones  
que niegan los poderes celestiales  
de aquel á quien titulan el Mesías!  
Lleno de caridad Jesús por los ingratos  
que así lo desconocen,  
obra grandes prodigios  
que verdadera admiración producen.  
Pide á la pecadora  
que aplaque su sed pura,  
y la pobre infeliz de la Samaria  
se siente arder en gozo, arrepentida.  
Enfermos incurables  
que en la virtud de la piscina esperan,  
á su mirada, la salud recobran;

vigor y movimiento el impedido;  
vista los ojos que en tiniebla triste  
sumergidos vivían, y los sordos  
la clara percepción de los sonidos.  
Resucita á los muertos;  
á Lázaro despierta  
de su sueño mortal, dándole vida,  
y queda, quien lo ve, maravillado.  
Multiplica los panes y los peces  
para dar alimento á la apiñada  
muchedumbre, que todo lo abandona  
por seguir las pisadas del Profeta.  
Yendo hacia Cafarnaum los navegantes,  
observan sorprendidos  
que Jesús en su busca se dirige  
sobre el agua sereno caminando.  
Escribas y fariseos numerosos,  
pretextando cumplir severas leyes,  
á una mujer adúltera humillada  
castigar quieren duros;  
pero Jesús benigno  
exclama con piedad: «*Tire primero  
la tachadora piedra  
quien exento se encuentre de pecado.*»  
La turba retrocede confundida,  
y la hermosa mujer cae á las plantas,  
que entre lágrimas besa,  
de aquel hombre sublime, que en su pecho

hace con su perdón brotar el germen  
de la fe, la virtud y la esperanza.  
Y tan patentes pruebas  
de su poder excelso  
mira la multitud, que en su entusiasmo  
quiere rendirle honores  
y proclamarle Rey de los judíos.

La fama de sus hechos asombrosos  
llena ya de inquietud á los que en vano  
murmuran de sus obras  
y le llaman iluso;  
pero los más cobardes,  
los más envilecidos lo calumnian,  
y de perderlo ansiosos,  
lo acusan de que ejerce  
su raro ministerio  
y curas milagrosas  
en día de descanso;  
y el pueblo, en contra de él enardecido,  
aquel que antes sus actos ensalzaba,  
creyéndolo impostor, ya lo escarnece  
y su castigo pide.  
Adivina Jesús el pensamiento  
con su clara potencia;  
sabe que en breve plazo  
lo prenderán porque uno  
de sus caros discípulos lo vende,  
y anuncia sentencioso

que se aproxima la hora  
de emprender su camino hacia el Calvario.

En la fiesta pascual, cuyo precepto  
cumple con sus hermanos, Jesucristo  
bendice á los apóstoles y muestras  
de su humildad y amor da generoso  
hasta al pérfido Judas,  
que lo traiciona ingrato.  
Consagra el pan y el vino  
que su sangre preciosa  
y su divino cuerpo representan,  
y establece el Señor la Eucaristía  
regalo celestial para las almas!

Se despidе amoroso de su Madre,  
de aquella Virgen pura  
que lo llevó en su seno,  
y se dirige al monte  
de las verdes olivas,  
donde orando Jesús pide á su Padre  
fuerzas para el suplicio que le aguarda.

Hipócrita y falaz Iscarĩote  
con su ósculo señala al denunciado,  
y los fieros sayones lo aprisionan  
como á vil delincuente,  
y á Caifás lo presentan, los testigos  
tenaces insistiendo en imposturas  
contra el hijo de Dios, que resignado,  
escucha su sentencia.

No halla Pilato en él delito alguno,  
mas la turba se opone á su justicia  
y á su pesar cediendo  
da el veredicto, débil decretando  
la muerte del Profeta.

¡Oh, dolor infinito!

¡Oh, terrible crueldad de los mortales!

El inocente en manos  
de soldadesca innoble,  
sufre burlas impías,  
vilipendioso escarnio,  
tormento y golpes duros  
con mansedumbre heroica.

—«¿No eres Dios?» le preguntan  
con insolente befa.

—«¡Si es verdad que eres Dios, pruébalo al punto  
salvando tu existencia de la muerte!»

Y rencorosos, ebrios los judíos,  
de maldad y venganza inconcebibles,  
lo coronan de espinas, y sin duelo  
sobre sus hombros cargan  
el leño más pesado  
para darle martirio ignominioso.

La cruz á duras penas  
arrastrando va el triste nazareno,  
mientras que gotas de sudor y sangre  
resbalan por su rostro.  
Un hombre de Cirene

hasta el Gólgota mismo lo auxilia,  
lugar este de oprobio  
donde tienen su fin los criminales,  
¡y en su elevada cumbre  
se verifica el hecho más indigno  
y sublime á la vez, de cuantos hubo  
conocido el mortal sobre la tierra!

Ya en doliente actitud crucificado  
igual que los ladrones,  
en el signo afrentoso  
se ve al cordero puro.

Vocifera la plebe embravecida  
con su triunfante hazaña.

Mira Cristo hacia el cielo,  
demandando piedad para los hombres  
y pronuncia palabras misteriosas  
que sólo un ser comprende:

¡una Madre bendita  
que en medio de dolores espantosos  
gusta el dulce consuelo  
de saber que es Dios Sumo  
aquel hijo en la Cruz sacrificado!

Cadavérico ya, vaga la vista,  
sin fuerzas, aún sangrando  
por las grandes heridas dolorosas  
el líquido sagrado de su cuerpo,  
la víctima inocente,  
á sus propios verdugos perdonando,

al Hacedor su espíritu encomienda;  
lanza el postrer suspiro  
¡y ofrece el holocausto de su vida  
por librar á los hombres del infierno!  
¡A la muerte del Justo el sol se oculta,  
brilla cárdena luz, el trueno cruje  
con hórrido estampido que ensordece,  
se desbordan los mares, y la tierra  
temblando abre su seno pavoroso  
y en él se hundén los montes más altivos!

La extraña conmoción llena de espanto  
á los hijos de Israel y á los deicidas,  
que cobardes entonces  
se miran sorprendidos, comprendiendo  
que el hombre superior á quien villanos,  
sin piedad ni justicia,  
mataron alevosos,  
¡era Dios inmortal, Omnipotente!

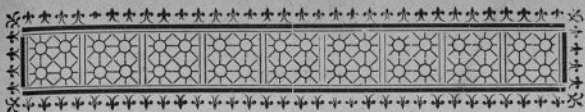
¡Gemid, almas inquietas,  
en la cárcel obscura aprisionadas  
de los débiles cuerpos pecadores!  
¡Llorad, seres malvados,  
vuestra audacia inaudita, sobre el polvo  
inclinada la frente!

¡Arrodillaos humildes  
en contrición profunda sumergidos  
y besad reverentes  
la tierra que pisó Jesús piadoso!

¡En tanto que los cielos se abrillantan  
y llenan de perfumes,  
con la Ascensión divina,  
entre rayos de luz y ondas de incienso!  
y con dulces acordes  
los espíritus sacros  
el divino misterio solemnizan  
cantando: «¡Gloria á Dios en las alturas!»







## LA INFLUENCIA DE LA CRUZ

### LEYENDA <sup>1</sup>

Inclinaron la cerviz  
al signo de Redención.

#### I

Rico pabellón de tules  
que suaves rayos reflejan,  
como blonda transparente,  
ó como encaje que vela  
los peregrinos encantos  
de las hijas del Profeta,  
parece la blanca luna  
que el firmamento platea.  
Penacho de oro esplendente  
de luz que fulgura y tiembla,  
es el lucero precioso  
junto á la púdica reina.  
Brillan los puros cristales  
del arroyo que serpea  
entre juncos y espadañas,  
salpicando las praderas

---

<sup>1</sup> Premiada en el Certamen verificado en 1887 en Málaga con motivo de la conmemoración de la Reconquista.

de arrayanes y alhelies,  
de lirios y de azucenas.  
Vaga el céfiro, y las auras  
meciéndose placenteras,  
cual pebetero invisible  
de aroma el espacio llenan;  
que en el cáliz de las flores  
como en búcaro de perlas,  
refrescando silenciosas  
bebieron la dulce esencia.  
Duerme el aire, ni un sonido  
por los ámbitos resuena;  
ni el triste cantar del buho,  
ni el rugido de las fieras,  
ni el murmurio del arroyo,  
ni el rumor de humanas quejas.  
Todo reposa y parece  
que, dando á la vida tregua,  
descansa de su rüido  
la misma Naturaleza.  
todo calla, todo calla  
y al blando sueño se entrega;  
sólo un pecho comprimido  
siente su infinita pena;  
sólo unos ojos abiertos  
de insomnio y de angustia velan;  
sólo unos labios se mueven  
con ardorosa impaciencia,

y un corazón palpitante  
con honda pasión revela  
que está de amores herido  
y el alma de celos presa.

## II

Negra mole que gigante  
como aguerrida atalaya,  
la frente en la noche muda  
con altiveza levanta,  
dibujando los contornos  
de su silueta fantástica,  
del astro nocturno y bello  
la pálida luz que irradiá:  
es el castillo famoso  
que en los jardines de Alhama  
grandeza y poder unidos,  
amores y glorias guarda,  
de Aben-Ahmet el valiente,  
que en la vega de Granada  
probó en combate reñido  
su bravura y su arrogancia.  
Allí, en el harempreciado  
que en lujo y belleza ignala  
tan sólo al que ocultan fieles

los calados de la Alhambra,  
tras la espesa celosía  
de las ojivas ventanas,  
de su dolor al recuerdo  
suspira llorando Azarah,  
mientras que tiernos quejidos  
de su guzla de oro arranca,  
y al par que las cuerdas gimen,  
con débil acento exclama:  
—¿Por qué nací entre agarenos  
y vivo como sultana,  
si desfallezco oprimida  
y sucumbo como esclava?  
¿Qué me importa la hermosura,  
ni la riqueza y las galas,  
que adorno son de mi rostro  
y que mi cuerpo engalanan?  
¿Qué me importa, si de amores  
el corazón se me abrasa,  
si presa vivo y cautiva  
en esta mansión dorada,  
y no puedo volar libre  
con el dueño de mi alma,  
que un deber puro y sagrado  
me esclaviza y me acobarda?—  
Así, pulsando su guzla  
y vertiendo acerbos lágrimas  
de sus pupilas ardientes,

la hermosa agarena canta.  
Sobre mullidos cojines,  
pisando alquetifas blancas  
sus breves pies que aprisiona  
con terciopelo de Arabia,  
yace la mora prendida  
con brillantes arracadas;  
con vivo chal de colores,  
con rica seda persiana;  
el negro pelo trenzado  
sobre la alfombra descansa;  
y como marco precioso  
la sien con ligeras gasas  
envuelve como neréida  
entre espumas y esmeraldas.  
La tierna mora de nuevo  
sus ayes doliente exhala;  
repite el nombre querido  
del que le roba la calma;  
deplora el destino injusto,  
maldice su suerte infausta,  
y con febril amargura  
por el delirio excitada,  
besa una prenda divina  
y á su religión extraña,  
porque es una cruz de perlas  
que pende de su garganta.

## III

Ahmet, señor venturoso  
de aquel corazón de fuego;  
el que alquicel blanco viste  
y alfanje de fino acero;  
el de gallarda apostura,  
el de sedoso cabello,  
el de varonil semblante  
y el de los ojos tan negros  
que brillan como carbunclos  
y dan la muerte en secreto,  
como filtro que inocula  
su misterioso veneno;  
ya cansado de placeres  
y del torpe halago huyendo,  
retorna á los pies de Azarah,  
que en el volcán de su pecho  
tan sólo dulzura encuentra  
y cariño verdadero.  
Sonrisa de hurí dibujan  
los claveles hechiceros  
de los labios de la bella  
que ansiosa está de consuelo;  
y con sus trenzas oscuras  
cadena de amor haciendo,

al ver al moro rendido  
le sujeta prisionero.  
—Por esa cruz que abrillanta  
la blancura de tu seno,  
—la dice Ahmet conmovido —,  
cruz que gané como premio  
de mi valor y destreza  
en el honrado torneo  
de la corte castellana  
al Rey Don Sancho venciendo,  
y que una cristiana Reina  
desprendió de su albo cuello  
para fijarla en el mío  
como glorioso trofeo,  
juré llamarte mi esposa,  
mi único amor en el suelo,  
y de mentirosas creencias  
firme abjuración haciendo,  
rendir mi culto y mi vida  
á la fe del Nazareno.  
Tú también juraste, y pronto  
estoy á cumplir dipuesto;  
sígueme, que mi caballo  
conducirá el dulce peso  
de tu hermosura escudada  
entre mis brazos de hierro.  
Sumisa tropa de alárabes  
nos seguirán en silencio;



mis tesoros y mis tiendas  
de carmesí terciopelo,  
y mis armas tunecinas  
al lomo de mis camellos,  
hacia tierra de cristianos  
en pos nos irán siguiendo.  
Que allá donde el sol fulgura  
con deslumbrantes reflejos,  
donde se adora á un Dios solo  
grande, salvador y excelso;  
y hay deliciosos jardines  
y delicados inciensos,  
yo fabricaré el alcázar  
que nos cobije en su seno.  
Sígueme; ¿pero enmudeces?  
¿callas? ¿de tu voz ni un eco  
ni una frase me revela  
tu decisión y contento?—  
—Aben-Ahmet—al fin dice  
lanzando un suspiro tierno,  
la mora triste y pausada  
con melancólico acento—  
juré, es verdad, ser tu esposa;  
y de ese Dios en quien creo,  
la magnitud y excelencia  
venerar con ardimiento.  
Te idolatro y mi ventura  
cifro en el amor intenso

que por mí tu alma atesora;  
soy tu esclava; eres mí dueño.....  
mas ¡ay! que mi dicha trunca  
de un deber el cumplimiento;  
mi padre, anciano y de raza  
de argelinos sarracenos,  
fiel al Profeta y su ley,  
si le abandono y me alejo,  
sucumbirá á su desdicha,  
mi conducta maldiciendo.—  
—Azarah, de mi castillo  
es alcaide el noble viejo;  
sígueme.

—No, que tus huellas  
seguir hoy, Aben, no debo;  
el anciano moriría.....  
¡mi sacrificio es inmenso....!—  
—¡Ingrata, infiel y perjura!  
—gritó el moro, deshaciendo  
las amorosas cadenas  
con vivo resentimiento.—  
¡De las costumbres malditas  
de los hombres agarenos;  
de tu amor, de tus encantos  
y de tu raza reniego!  
Y tras el duro reproche,  
sañudo el semblante y fiero,  
abandona Ahmet la estancia

tembloroso de despecho,  
mientras de dolor y llanto  
se anublan los ojos bellos  
de la que fiel, por un padre,  
sacrifica sus deseos.

## IV

Grandes disturbios y enconos,  
por ambiciones y daños,  
suscitan fieras discordias  
junto al trono soberano  
de aquel á quien por sus hechos  
y sus belicosos rasgos,  
prestándole vasallaje,  
le denominan *el Bravo*.  
La corte agitada bulle  
con los frecuentes estragos  
que causan los que pretenden  
alegar derechos santos  
por el trono de Castilla;  
mientras el árabe ufano  
tranquilo se enseñoera,  
su poder aquilatando.  
Unos príncipes reclaman  
la corona del rey *Sabio*;

los magnates se rebelan  
y se dividen en bandos;  
y un infante á la vez cruza  
por los andaluces campos,  
con sus huestes esforzadas,  
tambien su razón probando;  
y más tarde, causa siendo,  
por sus fines temerarios,  
de aquel hecho memorable  
tan sublime como extraño,  
en el sitio de Tarifa,  
¡de un noble Alonso, inmolando  
su corazón de buen padre  
ante el deber y amor patrio!  
Cuadrillas de sediciosos,  
la ocasión aprovechando  
de las continuas revueltas  
en tan difícil reinado,  
también hostiles se lanzan,  
y por doquiera á su paso,  
su rebeldía y desmanes  
difunden pavor y espanto.  
Hacia el confin granadino  
por su riqueza estimado,  
terribles hordas dirigen,  
de su maldad al resguardo,  
las miradas ambiciosas;  
y destruyendo y talando

la campiña merodean,  
por el temor y el asalto  
pretendiendo la conquista  
de los puebloa comarcanos.  
Y ya en número imponente,  
con estrategias y engaños,  
en las sombras de la noche  
sobre Alhama encaminados  
se arrojan, miedo y desorden  
en sus vecinos sembrando.  
Sin lugar para el apresto  
de las armas y soldados,  
aunque los más prevenidos  
defendiéndose en el acto,  
corre la sangre agarena,  
y el castillo abandonado  
de Cid-Aben, al antojo  
de enemigos tan osados,  
tras la fuerte resistencia  
de su alcaide, noble anciano  
que rindió la vida al choque  
de los filos acerados,  
fué botín en la contienda,  
el más rico y anhelado  
de los fieros salteadores,  
que su tesoro aumentando  
siguieron por la comarca  
sin hartura y sin cansancio.

## V

Viva algazara resuena  
con alegre vocerío  
ante la regia morada,  
donde en número crecido  
villanos y caballeros  
presentándose reunidos,  
sin distinción se aglomeran  
ganosos á un tiempo mismo  
de saludar á Don Sancho  
que, por Dios favorecido,  
con nueva conquista acaba  
de dar á su cetro brillo.  
Grandes fiestas se disponen,  
y el pueblo con regocijo  
gozar impaciente espera  
de tan bellos atractivos.  
Tras el ancho balaustraje  
del balcón, y entre los finos  
pliegues encarnado y oro  
del dosel, adorno rico,  
en tan espléndido día,  
por el glorioso motivo,  
las magníficas figuras  
de los reyes complacidos,

ante sus buenos vasallos  
se muestran, y con más vivos  
extremos repiten todos  
sus vítores y sus gritos.  
Gozosa la augusta Reina,  
de sus ojos conmovidos  
seca la corriente pura  
que brota al placer bendito  
de la gratitud; mas pronto,  
mirando entre el remolino  
de la gente que se agita  
como las ondas de un río,  
repara que en vano pugna  
por llegar hacia aquel sitio,  
una mujer encubierta,  
de extraño porte, aunque digno;  
la que intenta presurosa  
dirigirse al edificio,  
con ademán suplicante  
y con gestos expresivos.  
Al punto la egregia dama,  
su pecho á piedad movido,  
á sus vasallos ordena  
que se despeje el camino  
de la incógnita, que al cabo,  
con tan poderoso auxilio,  
llegó á la regia matrona,  
delante del solio rico,

y levantándose el velo,  
sorprendiendo con su hechizo  
y lo hermoso de sus joyas  
y de su oriental vestido,  
con lágrimas, y de hinojos  
y entrecortados suspiros,  
comenzó de esta manera:  
—«¡Señora, favor te pido!  
favor, justicia ó venganza,  
contra el bárbaro delito  
que huérfana y sin ventura  
me dejó, al fiero egoísmo  
de criminales traidores  
que asaltando mi castillo,  
riquezas robó y la vida  
del anciano padre mío.  
Al grande Alhá generoso  
plugo marcar mi destino,  
y por subterráneo oculto,  
de mí sola conocido,  
logré escapar velozmente  
de los manes enemigos.  
Hoy, tras de rudos tormentos,  
de inquietudes y peligros,  
á tus pies llego afanosa  
en demanda de un auxilio.  
Huérfana, triste y llorando,  
por Aláh merced te pido;

la sangre del padre muerto  
¡justicia clama y castigo!—  
—Levanta, la noble reina  
con dulce expresión la dijo;—  
y observando conmovida  
precioso y sagrado signo  
sobre el seno de la mora,  
siguió con acento vivo:  
—Conozco esa cruz brillante  
y quién eres adivino,  
ella pasó de mis manos,  
cual premio en combate digno,  
á un musulmán valeroso  
que por ella al cristianismo  
viniendo, en mi reino vive  
honrado y favorecido.  
Esta cruz libró tu cuerpo  
de ser víctima ó cautivo,  
y tu senda iluminando  
hacia mí te ha conducido,  
para prestar á tus penas  
la calma del bien divino.


## VI

Entre festones lujosos,  
bajo los frisos que brillan  
como radiantes espejos

que las luces multiplican,  
dorado altar se levanta  
en la espléndida capilla  
de los reyes castellanos,  
que ante la Virgen María,  
y en el Jordán de la gracia,  
el bautizo solemnizan  
de una agarena y la boda  
que ennoblecen y apadrinan.  
La nueva cristiana luce  
como la estrella del día,  
reflejos de sol y luna,  
blanco y rojo en las mejillas,  
oro y nieve en el vestido,  
luz y sombra en las pupilas,  
y lágrimas en los ojos  
y en los labios la sonrisa;  
y al par que de amores muere,  
alienta con fe más viva.  
Ya el Obispo de Toledo  
la ceremonia termina,  
y los monarcas expresan  
satisfacción y alegría.  
Ya todos los circunstantes  
con emoción felicitan  
á los padrinos y ahijados;  
y en la boca peregrina  
de la Virgen de los cielos

risueña expresión se mira,  
tributo de gracia inmensa  
precursora de la dicha.  
Ya no son Ahmet y Azarah,  
sino Don Juan y María,  
los venturosos amantes  
que al pie del altar se inclinan;  
y á Dios alzando sus voces  
humildes y agradecidas,  
besando una cruz de perlas  
exclaman á una voz misma:  
—¡Señor, Señor! ¡convertidos  
por la influencia divina  
de esta cruz á tu ley santa,  
que negro cendal nos quita,  
juramos servirte fieles  
observando tus doctrinas.  
La cruz redime y ampara,  
ella será nuestra egida;  
y felices bendiciendo  
tus bondades infinitas,  
de amor y fe, será el lazo  
que una siempre nuestras vidas!»

---



## BAJO LA PARRA

---

Olvidada del mundo y olvidando  
los pesares y angustias de otros días  
en que fueron dolores y agonías  
mi corazón impíos taladrando  
hasta romper sus fibras más sutiles  
y marchitar en flor los idéales,  
las dichas celestiales  
de mis hermosos sueños juveniles,  
quiero encontrar aquí reposo y calma,  
dulce quietud que en apacible encanto  
me inspire un tierno canto  
para expansión bendita de mi alma.

¡Fuera de mí, tristeza!  
¡fuera de mí fogosa fantasía,  
recuerdos del pasado sin ventura!  
y admirando la espléndida belleza,  
la sin igual y rítmica armonía  
de la rica Natura,  
modularé mi voz dando á los vientos

los acordes acentos  
que me sugiera el dios de la poesía.  
¡Oh, numen generoso!  
ilumina mi frente  
con la llama esplendente  
con que alumbraste al sabio religioso  
que ensalzó las delicias placenteras  
de la vida campestre, y aunque en vano  
pretenda yo ascender á las esferas  
del genio sobrehumano,  
suene siquiera mi lira  
con el ardor sagrado que me inspira.

Bajo la fresca parra  
que ensombrece la rústica vivienda,  
con el ramaje que entre sí se agarra  
en amoroso abrazo, ópima ofrenda  
brindando seductora  
su vid halagadora,  
que en maduros racimos apretados  
y en feliz desconcierto peregrino  
aquí y allá colgados,  
ostentan á mis ojos deslumbrados  
su color verde y oro cristalino;  
con dulce placidez enajenada  
miro filtrarse el sol, atenuada  
su potencia estival del medio día  
por la bóveda hojosa,  
mientras aspiro ansiosa

el ácido perfume que me envía,  
saturando el ambiente de ambrosía.

Los pájaros alegres, al posarse  
sobre los finos tallos, trinadores,  
parecen deleitarse  
en preludiar sus cánticos mejores  
para aumentar mi gozo,  
y mi vista furtivos esquivando,  
van el fruto en sazón picoteando  
con juvenil y cándido alborozo.  
En tanto, menos tímidas, pasen  
las aves de corral en torno mío,  
y el huevo cacarcan  
con tenaz y ruidoso vocerío.  
Canta el bíblico gallo  
luciendo entre sus hembras, orgulloso,  
su porte sugestivo y majestoso  
como gentil sultán en su serrallo;  
y en éxtasis profundo aletargada,  
en tan grato momento,  
á través de los párpados llevada  
en alas del volátil pensamiento,  
el panorama pintoresco admiro  
de esta fértil región que fué retiro,  
en tiempos no lejanos,  
de augustos soberanos,  
que la calma y consuelo á sus dolores,  
á sus físicos males,

hallaron en los aires bienhechores  
que bajan de estas sierras y montañas,  
y en los claros y puros manantiales  
que brotan á raudales  
de sus viejas entrañas.

Alzándome con vuelos de poëta  
por el brillante y anchuroso espacio,  
contemplo la meseta  
donde se hiergue, sólido y severo,  
el macizo palacio  
como guarda altanero,  
ó cual ave caudal que adormecida  
tras su dominio por las altas lomas,  
descansa en la llanura, sorprendida  
al ver el pueblo que á sus pies tendido  
parece una bandada de palomas  
que en tan bello lugar fijó su nido.

Las eras limpias ya, desocupadas  
por el rudo labriego diligente,  
de la trilla reciente,  
con el olor del trigo aún perfumadas  
y todavía doradas  
por los múltiples granos desprendidos  
de las rubias espigas,  
que por gracia de Dios allí esparcidos  
fueron sin duda en bien de las hormigas,  
esos humildes seres ejemplares,  
que del fondo de oscuros agujeros

saliendo á centenares,  
la cosecha á su vez recolectando,  
van en hilera, el trigo acarrẽando  
para invernar después en sus graneros.  
Y en tanto que trabajan cuidadosas,  
activas y afanosas,  
dando muestras contrarias de pereza  
ó de poca destreza  
las cigarras y grillos,  
sin precaver del tiempo las penurias,  
se entregan á monótonas canturias  
ocultos en los trojes amarillos.

Aparecen después á mis miradas  
los montes elevados  
de aromáticas hierbas alfombrados;  
los valles y hondonadas  
surcados por arroyos que serpean  
entre matas y juncos arrogantes,  
y los añosos álamos gigantes  
que estos feraces campos hermocean.  
El selvático bosque rumoroso,  
la arboleda frondosa  
con sus inmensos troncos seculares  
prestando sombra y fresco deleitoso.  
Su techumbre verdosa,  
do se quiebran los rayos luminares,  
y do anidan, gozosos entonando  
sus endechas de amores,

entre las muelles ramas,  
los pintados y aligeros cantores;  
mientras mudas y rápidas cruzando  
las ásperas malezas,  
se esconden en la broza de sus camas,  
y con ojo avizor velan el sueño  
de su menuda prole, con ternezas,  
las corredoras piezas  
que el cazador persigue con empeño.

Y me figuro oír el sordo ruido  
que al viento movedor hace el follaje,  
cual bullicioso oleaje  
de furibundo mar embravecido.

El chorro de las fuentes  
derramando sus linfas transparentes,  
y el resonar suave y soñoliento  
de graciosos y lindos surtidores  
que buscando la luz del firmamento  
se revisten de fúlgidos colores,  
formando al descender en lluvia fina,  
los mágicos primores  
de una preciosa gasa brillantina.  
El murmurio del manso Guadiela,  
que como niño audaz risueño surca,  
sin temor al peligro ni al trabajo,  
una gran extensión de la Isabela,  
y siguiendo feliz por el atajo,  
retozón, no muy lejos, se bifurca

en la corriente del crecido Tajo.

Atónita mi vista  
ante este panorama delicioso  
un instante no más, queda en reposo,  
y sigo silenciosa,  
impulsada por fuerza misteriosa  
como débil arista,  
y de mis propios actos inconsciente,  
cruzo el ruinoso puente  
que cruje á mis pisadas, anunciando  
inminente y seguro cataclismo,  
roto ya y sin sostén, amenazando  
hundirse de repente en el abismo.

Pero absorta y ligera,  
ya en la opuesta ribera,  
paso el desfiladero peligroso  
y en pos de lo ignorado que me encanta,  
el difícil camino pedregoso  
por angosta garganta  
atravieso entre montes  
que limitan los anchos horizontes  
á mis ansias, sin fin, largo sendero,  
y aspiro con placer el aura llena  
del aroma, cual rico pebetero,  
que exhalan el tomillo y el romero  
y saturando el aire me oxigena.

Subiendo sin cansancio hasta la altura  
de una montaña inmensa y escabrosa,

en su cumbre espaciosa  
me detengo, observando la hermosura  
que doquier á la vista se despliega;  
ya la anchurosa vega,  
ya el río, la colina y el collado,  
ó ya el pequeño pueblo en lontananza  
entre fecunda tierra de labranza,  
semejando el conjunto  
de tan brillante asunto  
ameno y variado,  
no paisaje realista,  
sino un lienzo fantástico pintado  
por los pinceles del Supremo Artista.  
Mi infatigable espíritu animoso  
lleno de sacro fuego religioso,  
su explorador avance  
sigue con ardimiento  
hasta encontrar al fin, casi á mi alcance,  
de aquel cuadro sublime el complemento.

Los muros carcomidos,  
por la incuria del tiempo ennegrecidos,  
y montones de escombros, ruin materia  
de restos imperiales,  
que dejaron allí tristes señales  
de la que fué románica Tiberia,  
ciudad en otros días ya remotos,  
centro vital de goce y poderío;  
de la ciencia y del arte gayas fuentes;

hoy sus mármoles rotos,  
y por tierras, yacentes  
su soberbio y espléndido atavío,  
en campos mudos, yertos  
cual mansión silenciosa de los muertos,  
miro desconsolada, conmovida,  
y con intensa pena estremecida  
pienso que aquellos muros  
en su lejana edad, acaso fueron  
los sostenes seguros  
de fastüoso alcázar do lucieron  
varones y matronas  
su beldad, su poder y gentileza,  
disfrutando ambiciosos con firmeza  
la pesada armazón de sus coronas.

Más allá, unos sillares  
aun en círculo, acusan al curioso  
que en tan viejos lugares  
hubo un circo quizá, templo glorioso  
donde, en busca de lauros y de honores,  
sus olímpicos juegos celebraban  
y sus bélicas fuerzas ensayaban  
luchando los atletas gladiadores.

Y luego una cisterna  
en el fondo de cóncava caverna,  
donde sin duda emergen los caudales  
de termas prodigiosas  
do bañaron sus cuerpos sensüales

las gentiles hermosas,  
y aquellos esforzados paladines,  
que iban después á báquicos festines,  
ungidos con esencias olorosas.  
Y sin miedo al pasar por la abertura  
de una atroz quebradura  
formada en el terreno,  
mi mente que adivina,  
trayendo á la memoria  
los pasajes curiosos de la historia,  
descubre allí la subterránea mina  
que en épocas de seres descritos,  
de fabulosos dioses y tiranos,  
fué secreto refugio de afligidos,  
de valerosos héroes perseguidos  
y de gloriosos mártires cristianos.  
¡Oh, vestigios groseros, innegables,  
de otras generaciones  
que dejaron residuos deleznable  
de inútiles y locas ambiciones!  
¿Qué fué, ciudad preciada, hija de Roma,  
de tus fuertes cimientos?  
¿y qué de tus altivos monumentos?  
Tus señores y esclavos que plagiaban  
miserias de Sodoma,  
y á los más torpes vicios se entregaban,  
¿á dó fueron, y adónde tus mujeres  
reinas de los placeres

y víctimas de déspotas impíos  
árbitros del amor y las riquezas?  
¿Dónde están sus tesoros, sus grandezas,  
de sus bordadas túnicas las trizas?  
¿dónde sus huesos fríos?  
De los genios preclaros  
¿dónde están las cenizas?  
¿dónde sus libros raros?  
y con acento gutural: ¿en dónde?  
el eco mismo de mi voz responde.....

Mas borrándose todo de repente  
como escena de magia disolvente,  
quedo sumida en sombras escuchando  
los acordes sonidos  
de una música nueva á mis oídos  
que se viene acercando,  
cual de instrumento célico y sonoro  
con caja de marfil y cuerdas de oro.  
Extraño movimiento  
de plácido contento;  
rumor de carcajadas  
cual bullente rüido de cascadas;  
el cántico inocente  
y el vuelo sutiloso de querubés  
que bajan de las nubes  
y coronan de pámpanos mi frente.....  
Y concluyendo al fin dudas y enojos,  
miro al abrir los ojos

la verdad de las cosas;  
¡unas niñas preciosas  
que en derredor de mi juegan cantando  
con voces melódicas,  
y oigo al par, de ventura enternecida,  
el alegre tañer de una guitarra;  
¡quedando jubilosa y complacida  
de mi sueño feliz bajo la parra!

La Isabela, Septiembre 1904.





## GLORIAS DE LA PATRIA

---

### ROMANCE HISTÓRICO

Presa del árabe artero,  
por villano ardid perdida  
con el último rey goda,  
la fértil Andalucía  
se hallaba por los infieles  
en gran número invadida,  
que fué tesoro anhelado  
de su insaciable codicia.  
Lloraban los nobles hijos  
de aquella región querida  
el sacrílego despojo  
que causara su desdicha,  
cuando en los montes astures  
ardiendo en la llama viva  
del patriótico amor puro,  
con soberana hidalguía  
el valeroso Pelayo  
alzó la cristiana insignia,

y acaudillando sus tropas  
con vigor y bizarría,  
de las tierras usurpadas  
comenzó la reconquista.  
Ya desde entonces el moro  
en sangrienta lid continua,  
gozar no logró tranquilo  
el fruto de su rapiña,  
que animosos hispalenses  
por todas partes surgían  
armados y enardecidos,  
en actitud agresiva,  
y palmo á palmo cobraban,  
en belicosas porfías,  
lo que por santo derecho  
solos disfrutar debían.  
Muchas veces expulsados  
de las béticas provincias,  
y otras tantas, arrogantes,  
con temeraria osadía  
los audaces enemigos  
de nuestra causa bendita,  
dañándonos retornaban  
á la zona apetecida;  
mas entre todos los pueblos  
de la Iberia, preferían  
posesionarse de fijo  
en la comarca vecina,

que por su suelo fecundo  
y por su benigno clima,  
fuera florón valioso  
al reino africano unida.  
En numerosas contiendas  
con gran valor sostenidas  
por los soldados de Cristo  
contra las falsas doctrinas,  
fué con auxilio del cielo  
la media luna vencida.  
Muchos reyes españoles,  
tomando una parte activa  
en las batallas, ganaron  
esplendor y nombradía,  
y multitud de sucesos  
que los anales consignan  
como recuerdos gloriosos,  
cual inolvidable firma  
de aquella lucha de siglos,  
son las páginas más ricas  
en la historia de la patria,  
de admiración siempre digna.  
Entre los honrosos hechos  
que la santa fe acreditan  
de los bravos campeones  
que daban la propia vida  
en defensa de sus leyes  
y atacando con justicia,

uno, por heroico y grande,  
por excelencia infinita,  
en el libro de los tiempos  
con orla de luz divina,  
entre harmónicos acordes  
la humanidad debería  
escribir con pluma de oro  
y con inspirada rima.

\*  
\* \*

Noticias tuvo el Rey *Sabio*,  
noticias tristes y ciertas,  
de que el muslim atrevido,  
con ostensible insolencia,  
á la ciudad peregrina  
que el Bétis plácido riega,  
la plaza más grande y fuerte  
que al Rey *Santo* se rindiera,  
proyectaba hacer de nuevo  
cautiva de su soberbia;  
y aquel discreto monarca,  
decidido á defenderla,  
en autos puso á la gente,  
que á su proclama, ligera  
acudió de todo el reino,  
bien prevenida y dispuesta  
á castigar al intruso,  
pagando cara la ofensa.

A sus huestes aguerridas  
Don Alonso con vehemencia  
dirigió, cual padre tierno,  
breve y ardorosa arenga;  
y el ejército, llevando  
delante la Cruz excelsa,  
fué sin temor al encuentro  
de las hordas agarenas,  
ganoso de la batalla,  
para acabar con presteza  
el humillante dominio.  
Y las llanuras inmensas  
de los campos andaluces  
atravesó, sin que diera  
con el sañudo enemigo,  
hasta las verdes praderas  
y los frondosos viñedos  
de la histórica *Asta-Regia*,  
en cuya ciudad, prodigio  
de hermosura y de riqueza,  
numerosos almohades  
se aprestaban á la guerra.  
Aben-Hëid, el caudillo  
de la infiel morisma aquella,  
salió con su gente armada  
y casi en las mismas puertas  
de la población, trabóse  
la lid imponente y fiera.

Sostenida fué con saña  
la belicosa contienda,  
sin dar al alma reposo  
ni dar á las manos tregua,  
y á veces en duda estuvo  
de quién la victoria fuera.  
Mas por la fe del cristiano  
permitió la Providencia  
que el Rey moro de Granada  
con su ejército acudiera  
en favor de Don Alonso,  
quien, aumentadas sus fuerzas  
con el oportuno auxilio,  
venció en la lucha sangrienta.  
Y con rabia de los moros,  
sin consuelo por la pérdida  
de la ciudad que juzgaban  
paraíso del Profeta,  
Aben-Heid, de hinojos puesto  
ante el poder y la alteza  
del hijo de San Fernando,  
sufriendo congoja intensa,  
entregó humilde las llaves  
de Jerez de la Frontera.  
Regocijados los fieles  
triunfadores en la empresa,  
dando á Dios gracias y gritos  
de felicidad suprema,

en aquel célebre pueblo,  
tomado por vez primera,  
entraron como señores,  
y la victoriosa enseña  
presto onduló colocada,  
como religioso emblema,  
sobre la hexágona torre  
en la alcazaba de piedra.

\*  
\* \*

Con tal derrota, los moros,  
abatidos y arruinados;  
sus vidas y sus haciendas  
á merced de los cristianos;  
viendo perdido el tesoro  
de los espléndidos campos  
que las vides hermoséan  
con su corona de pámpanos;  
mudos de dolor y ardiendo  
en fuego oculto, juraron,  
con ira reconcentrada,  
volver á reconquistarlos,  
y traidores, en secreto  
la venganza maquinando,  
fácil ocasión propicia  
para su objeto aguardaron.  
Al fin llegó, por desgracia

de nuestros fieles, el caso;  
que el monarca granadino,  
antes en paz y aliado  
con el de Castilla, luego  
de los favores prestados,  
cumplidas las condiciones,  
impuso, con desenfado,  
por sus servicios y ayuda,  
nuevos y onerosos cargos;  
cuya insolente exigencia  
Don Alonso rechazando,  
principio fué de otros males  
para el suelo castellano.  
Las diferencias surgidas  
entre los dos soberanos,  
los moriscos andaluces  
en su bien aprovechando,  
al de Granada ofrecieron  
ricos tributos y láuros,  
y la irrupción, alevosos,  
con perfidia preparando,  
presto estalló furibunda  
con estruendo inusitado  
y como ruda tormenta,  
sobre el pueblo jerezano.  
Sólo por cien caballeros  
de los más nobles y bravos  
de las huestes victoriosas

se hallaba aquél custodiado.  
¡Imprevisión inaudita  
de quien famoso por *Sabio*,  
con ligereza sensible,  
obró no fortificando  
con más fuerzas y pertrechos  
y con mayores cuidados,  
la ciudad más ambiciada  
por su terrenopreciado  
en el Sur de Andalucía,  
para el ansioso africano.  
Repuestos de la sorpresa  
y sin temor ni quebranto  
por lo fiero y tremebundo  
del ataque inesperado,  
sin esperanza de auxilio  
y en Dios sólo confiando  
aquel centenar de nobles  
y valerosos soldados,  
á perecer decididos  
antes que entregarse en manos  
de los traidores rebeldes,  
se previnieron al mando  
de Garci-Gómez Carrillo,  
caballeroso y preclaro  
alcaide del regio fuerte  
á su honor encomendado.  
Y en el momento reunidos

tras los muros almenados  
del Alcázar en su torre,  
aquel jefe denodado,  
y defendiendo la entrada  
Fortun de Torres, abajo,  
alférez porta-estandarte  
de gran valor, empezaron  
la horrible y cruda refriega  
con arrojo extraordinario.  
Mas ¡ah, que de nada valen  
alientos y ardores sacros,  
contra fuerzas superiores  
y contra ominosos actos!  
¡Eran muy pocos los nuestros  
y eran muchos los contrarios!  
¡Terrible carnicería  
la que los moros causaron  
entre los hombres ilustres  
que sirvieron de holocausto  
en acción tan memorable,  
siendo á cuchillo pasados,  
sin compasión ni clemencia,  
al pie del mismo palacio!  
Junto á los restos calientes  
de sus amigos amados,  
aún siguió Fortún de Torres,  
mal herido y mutilado,  
defendiendo su bandera

con esfuerzo sobrehumano;  
y aquella sagrada insignia  
sobre su pecho apretando,  
nadie arrancársela pudo  
hasta que de sangre exhausto  
cayó en los pliegues envuelto  
de su pendón adorado,  
¡fija en la Cruz la mirada,  
puestos en aquél los labios  
y ¡*Jeréz por Don Alfonso!*  
en su agonía clamando!

\* \* \*

Al propio tiempo en la altura  
de aquel baluarte antiguo,  
otra escena indescriptible,  
digna de un cuadro magnífico  
por los gloriosos pinceles  
de Velázquez ó Murillo,  
se realiza con asombro  
del ejército enemigo.  
El famoso Garci-Gómez,  
que, por milagro divino,  
á los demás compañeros  
sobrevive, dolorido,  
viendo la muerte cruenta  
de sus soldados queridos,

siente agitarse su pecho  
de extraño ardor poseído,  
y aunque solo, con bravura  
sigue incansable en su sitio,  
rechazando con sus armas  
el hierro de los impíos,  
que con doble impulso vuelve  
haciendo daño á los mismos.  
Con tan larga resistencia,  
los moros, enfurecidos,  
redoblan los proyectiles  
sobre aquel modelo cívico  
de valor y de virtudes,  
de lealtad y de heroísmo.  
Sangrando por las heridas  
que enrojecen sus vestidos,  
el rostro desfigurado  
por el calor y el delirio  
de la lucha porfiada  
y el movimiento continuo,  
ni le rinden los dolores  
ni se aminoran sus bríos  
ante el número creciente  
de los contrarios, que altivo,  
se figura ser gigante  
con poderes infinitos  
para vencer, por sí solo,  
humillando á su albedrío

á las turbas de pigmeos  
que pretenden agredirlo.  
¡Alma de inmortal grandeza!  
¡corazón de fibras rico,  
que alienta y se robustece  
con la fe de Jesucristo!  
Contemplando los de fuera  
aquel sin igual prodigio,  
domeñan supersticiosos  
sus furores, y movidos  
de admiración por lo raro  
de ejemplo tan inaudito  
de constancia y fortaleza,  
respetando su destino,  
procuran por otros medios  
asegararlo y rendirlo,  
y á la no elevada torre  
de tan sólido edificio  
donde persiste el valiente  
en su actitud, decididos  
arrojando con destreza  
y con asombroso tino  
sobre el alcaide unos garfios,  
lo sujetan de improviso  
y al fin logran de este modo,  
dando alegres alaridos,  
¡mirar á sus pies con vida  
al héroe español cautivo!



Sus atenciones y gracias  
á concederle propicio,  
por la alteza de sus hechos,  
el mahometano caudillo,  
hízole rendir honores,  
curar sus heridas hizo,  
y con generosas muestras  
de simpatía y cariño,  
dejó libre al prisionero,  
y el bravo Gómez Carrillo  
tornó á la patria bendita  
honrado y favorecido.

Después de la desventura  
y los horrores sufridos  
en la dura acometida  
que ocasionó el exterminio  
de los valientes guerreros  
que con el postrer suspiro  
glorificaron sus nombres  
con la palma del martirio,  
suceso que nunca olvidan  
y con caracteres fijos  
lo llevan los jerezanos  
con sangre en su pecho escrito,  
vinieron felices días

en que el astro ardiente y vivo  
de aquella región preciosa  
iluminó con más brillo  
el rescate victorioso  
de aquel pueblo bendecido,  
del que arrojó para siempre  
á los viles berberiscos  
y en cuyas torres más altas  
el Rey Don Alonso mismo,  
con mano firme y triunfante  
puso, cual patente símbolo  
de la verdad más sublime,  
¡la enseña del cristianismo!







# FIDO

POEMA

I

Pelo oscuro, piel sedosa,  
ojos garzos, nariz ancha,  
un lunar como una mancha  
sobre la frente espaciosa;

Cabeza erguida y hermosa,  
aire gentil, blancas manos,  
pecho sin afanes vanos;  
tal es en ligero esbozo  
el animal mejor mozo  
de los perros comarcanos.

## II

Creció á la vez que Lolilla  
la nieta del leñador,  
árbol viejo con la flor  
de su primera semilla.

Por el tiempo de la trilla  
lo halló el anciano maltrecho,  
y conmovido su pecho,  
tomó en sus brazos al can,  
lo acarició, dióle pan  
y abrigo bajo su techo.

## III

Años antes, con la pena  
del corazón amoroso  
que apura al golpe alevoso  
la copa de amargo llena.

Víctimas de la gangrena  
que en el lugar causó horrores,  
vió á sus hijos, sus amores,  
sucumbir con triste duelo,  
quedando solo el abuelo  
con la pequeña Dolores.

## IV

Pasó el tiempo indiferente,  
calma de que no disfruta  
quien va regando su ruta  
con el sudor de su frente.

Creció la niña inocente  
sin juegos, sin alegría,  
sola casi todo el día,  
mientras el pobre leñero  
con la carga ó el dinero  
de su trabajo volvía.

## V

Dios, previniendo algún mal,  
sin duda un peligro vió  
y la familia aumentó  
con el pequeño animal.

Gozo mayor, dicha igual,  
nunca la niña sintiera  
hasta que por vez primera,  
lamiendo Fido su mano,  
besó al zalamero alano,  
con su boquita hechicera.

## VI

Tan fausto acontecimiento  
cambió el orden por sí mismo,  
y el ordinario mutismo  
en el humilde aposento.

Desde tan grato momento,  
con la feliz compañía  
todo encanto parecía;  
de gozo el padre lloraba,  
el perro alegre saltaba,  
la niña loca reía.

## VII

Y así, riendo y llorando,  
mientras jugaban los dos,  
el viejo creyente á Dios  
alababa suspirando.

Y más tranquilo pensando,  
consolándose sincero,  
se decía: Ya, si muero  
no la dejaré tan sola;  
mi pobre, inocente Lola,  
tendrá un noble compañero.

## VIII

Tras una y otra alborada  
pasaron las estaciones,  
y aquellos tres corazones  
con tan amante lazada,  
    prosiguieron su jornada  
sin pena, sin inquietud,  
que allí infancia y senectud  
en su templo de pobreza,  
reflejaban la grandeza  
de la paz y la virtud.

## IX

La niña, lozana y pura,  
de esbelto y flexible talle,  
como la rosa en el valle,  
con sin igual donosura,  
    mostraba ya la hermosura  
de sus quince años risueños;  
la boca y los pies pequeños,  
curvo el seno, grandes ojos,  
morena, de labios rojos  
y un alma ansiosa de ensueños.

## X

Contraste á la par formando  
la fresca rama frondosa,  
con la corteza ya añosa  
del tronco que se va ajando,  
iban el tiempo pasando  
con la más santa armonía,  
mientras que la dulce guía  
de la fe los alentaba,  
el viejo que se inclinaba  
y la nieta que se erguía.

## XI

El noble y hermoso Fido,  
ya en la edad de más vigor,  
por su destreza y valor  
era admirado y temido.

Corazón agradecido  
amaba á sus amos leal,  
y era su cariño tal,  
que en cualquier caso inminente  
diera su vida valiente  
por defenderlos de un mal.

## XII

Todos los días temprano,  
apenas el sol lanzaba  
la luz con que regalaba  
calor al monte y al llano,  
el ya entorpecido anciano.  
tras el sustancioso bien,  
con nieve y lluvia también  
caminaba á sus quehaceres;  
¡qué fuera de aquellos seres  
sin su bendito sostén!

## XIII

Tras él, por el bosque umbroso  
y andando con desatino  
aquí y acullá el camino,  
iba á su vez afanoso  
el animal cuidadoso,  
que si alejarse solía  
era cuando perseguía  
la pieza que olfateaba,  
la perdiz que levantaba  
ó la liebre que corría.

## XIV

De sus rústicas labores  
terminada la tarea,  
vendido luego en la aldea  
el fruto de sus sudores,  
con los últimos fulgores  
del sol, á su choza amante  
uno y otro jadeante  
retornaban, encontrando  
fuera á la niña esperando,  
dentro, la cena humeante;

## XV

Así en el humilde hogar,  
á los trabajos del día  
la dulce expansión seguía  
y el tranquilo reposar,  
hasta de nuevo apuntar  
el arrebol de la aurora;  
¡bendita la paz que mora  
donde la virtud alienta;  
calma que la fe sustenta  
con su lumbre bienhechora!

## XVI

Siguiendo su curso hermoso,  
sobre su carro triunfante  
cruzó Febo rutilante  
por el espacio anchuroso.

Su luminar ostentoso  
despareció, y clandestina,  
entre la luz vespertina  
surgió bella y misteriosa  
la pálida y triste diosa  
como lámpara divina.

## XVII

Ya entre sombras aguardando  
Lolilla de pie en la puerta  
de su mansión, mira incierta  
por la llanura, pensando  
que va el abuelo tardando  
con extraña dilación;  
y su tierno corazón,  
que algún grave mal presente,  
violento latir lo siente  
con profunda agitación.

## XVIII

En vano por valle y cerro  
dirige la vista ansiosa,  
en vano espera afanosa  
al leñador con el perro...

Cual fuerte nudo de hierro  
que su garganta oprimía,  
era el dolor que sentía  
la niña, que al fin de hinojos  
cayó, mientras de sus ojos  
el puro raudal vertía.

## XIX

Tierna plegaria ferviente  
hacia el cielo dirigió,  
y más tranquila se alzó  
para mirar nuevamente.

Por la escabrosa pendiente  
alguien creyó divisar,  
y de la luna al brillar  
vió estremecida, angustiada,  
con carrera inusitada  
solo á su perro bajar.

## XX

—¡Fido!..... ¿y padre?.....— repitiendo  
su pregunta la campiña,  
gritó medrosa la niña  
hacia el noble animal yendo;  
que jadante y vertiendo  
blanca espuma, cual rabioso,  
con un mirar doloroso  
y dando profundo aullido,  
cogiéndola del vestido  
tiró hacia atrás afanoso.

## XXI

—¡Mi padre peligra, ay Dios!—  
dijo la muchacha, —¡vamos!  
¡corramos, Fido, corramos,  
á salvarle entre los dos!

Y el uno del otro en pos  
para llegar con premura,  
cruzaron por la llanura  
encaminándose al cerro,  
donde se detuvo el perro  
á la orilla de una hondura.

## XXII

La niña, atenta, anhelante,  
en la hondonada sombría  
oyó una voz que gemía  
con acento agonizante.

Lanzando un ¡ay! delirante,  
aquella gritó: — ¡aquí estoy!  
¡padre, aguarda, que alla voy!  
¡busca, Fido, con presteza,  
por ahí, por la maleza!  
¡soy yo, abuelito, yo soy!—

## XXIII

y así, ligera diciendo,  
por el barranco espinoso,  
desde el borde peligroso  
su saya y su piel rompiendo,  
fué la niña descendiendo  
hasta tocar con su mano  
al casi exánime anciano,  
que sujeto á un tronco fuerte,  
con las ansias de la muerte  
pugnó por alzarse en vano.

## XXIV

Con el auxilio del cielo  
y de los dientes de Fido,  
y con valor decidido  
la nieta, en su ardiente anhelo,  
por un brazo al pobre abuelo,  
con la fe que la alentaba,  
de aquel sitio que espantaba  
logró sacarle serena;  
¡en tanto la heroica escena  
Dios con la luna alumbraba!

## XXV

Ya en tierra firme, rendida  
Lola á su padre dejó  
y á su lado se postró  
para limpiar la ancha herida  
que en su frente la caída  
le infirió al golpe mortal;  
pero inútilmente el mal  
atajan, en su hondo duelo,  
la niña con su pañuelo,  
con la lengua el animal.

## XXVI

Imposible contener  
la sangre que ya abundosa  
de la herida dolorosa  
comienza ráuda á correr.

De la noche estremecer  
hace el silencio profundo;  
¡parece que calla el mundo  
para oír al desgraciado,  
el lloro desconsolado,  
los ayes del moribundo!

## XXVII

Tras el desmayo un instante  
abrió el herido los ojos,  
y á la joven aún de hinojos  
dirigió la vista amante.

Su voz débil y expirante  
exhaló breve diciendo,  
á una y otro conmoviendo  
con su consejo de amor:  
—¡Hija, vela por tu honor!  
¡Fido, te la recomiendo....!—

.....

## XXVIII

Huérfana, la suerte impía  
que al ser más feliz amaga,  
desde aquella noche aciaga  
bajo la techumbre fría  
del cielo que parecía  
testigo mudo y sagrado,  
dejó á Lolilla del hado  
á la merced y albedrío.  
¡Cuán solitaria, Dios mío,  
quedó la flor de aquel prado!

## XXIX

Siempre triste y silenciosa,  
y siempre fija en la mente  
su desventura reciente,  
pasaba el tiempo llorosa,  
sin pensar en otra cosa  
que en su dolor hondo y fiero;  
mas su noble compañero,  
que expresivo la miraba,  
de su pena la sacaba  
juguetón y placentero.

## XXX

Inteligente y sentido,  
llenaba con discreción  
el animal la misión  
que dióle su amo querido.

Y celoso y precavido,  
observábase al lebrél  
guardando el tesoro aquel;  
¡la tierna y sensible Lola  
no estaba del todo sola,  
tenía un amigo fiel!

## XXXI

Si algún honrado vecino  
con su apoyo la brindaba,  
alegre el perro brincaba  
en torno del campesino.

Mas si algún otro dañino  
con torpe intención venía,  
receloso el cán gruñía,  
y cual madre que defiende  
su hijo, de quien le ofende,  
furioso le acometía.

## XXXII

Cual antes con el anciano,  
sin que el mal tiempo siquiera  
ni una vez le detuviera,  
marchaba Fido temprano  
    á recorrer monte y llano;  
y nunca en balde lo hacía,  
que siempre al hogar volvía  
con buena presa y contento,  
¡proporcionando el sustento  
con la caza que cogía!

## XXXIII

Tan singular patrocinio,  
tan conmovedora acción,  
prueba que aquel corazón  
latía bajo el dominio  
    del amor y el raciocinio:  
humanidad, no te asombres;  
pudiera citarte nombres  
de otros perros casi iguales;  
¡confiesa que hay animales  
aun más buenos que los hombres!

## XXXIV

En su inmensa soledad  
Lolilla á Fido miraba,  
y gracias al cielo daba  
por su infinita bondad.

En medio de su orfandad,  
consolaba su dolor  
aquel ser tan superior;  
para ella el prudente alano  
no era un perro, era un hermano,  
incansable y bienhechor.

## XXXV

Magnífica y seductora  
comenzó la primavera,  
tapizando la pradera  
con rica y pintada flora.

Surgió espléndida la aurora  
luciendo brillante el día,  
y entre la arboleda umbría,  
entonando trinos suaves,  
sus ecos dieron las aves  
con celestial melodía.

## XXXVI

Todo con vivos colores  
más alegre apareciendo,  
fué su encanto difundiendo  
con la esencia de las flores.

Menos la triste Dolores  
todo allí se ha reanimado:  
más verdense luce el prado,  
la esfera más azulada,  
la luna más plateada  
y el sol más bello dorado.

## XXXVII

¿Por qué si hasta la Natura  
se transforma y se renueva,  
la niña aún marcada lleva  
en el rostro la amargura?

Es que en su inmensa tristura  
no puede el llanto secar,  
porque la agobia el pesar  
de un nuevo dolor impío,  
de un insondable vacío  
que no lo acierta á explicar.

## XXXVIII

¿Acaso es que en la jornada  
de su desdicha, deshecho  
quedó el lastimado pecho  
de la huérfana cuitada?

¿O quizás enamorada,  
cuando su mal comprendió  
sosiego y calma perdió,  
porque en la lid amorosa,  
á su esperanza ardorosa  
correspondencia no halló?

## XXXIX

¡Ah sí, que tierna y sentida  
llorando su soledad,  
alguien la ofreció piedad  
con voz dulce y condolida.

Y en la azarosa partida,  
su corazón dolorido  
sintió la niña rendido,  
juzgando ser gratitud  
lo que era dulce inquietud  
de oculto fuego encendido.

## XL

Mas el sostén generoso  
de quien la prestó consuelo  
fué no más que el sutil velo  
de ardid innoble y dañoso.

Rico labriego orgulloso  
fingióse el galán activo,  
quien al ver el atractivo  
de la zagala hechicera,  
con doble intención artera  
mintió afecto compasivo.

## XLI

Pero el legal protector  
de la niña confiada,  
conociendo la celada  
del fingido labrador,  
huraño y provocador  
desde el instante primero,  
mostrándose hostil y fiero  
contra el hipócrita mozo,  
turbó el secreto alborozo  
del audaz aventurero.

## XLII

Tan celoso guardián  
era un grave inconveniente  
para la empresa imprudente  
del travieso perillán.

Nunca delante del can  
su fin osado lograba ;  
y si á la choza llegaba  
de aquél en la corta ausencia,  
pronto Fido en su presencia  
con ira le amenazaba.

## XLIII

Mas diz que amor niño y ciego  
con su flecha venenosa  
hirió la fibra amorosa  
de la muchacha en el juego.

Sin lucha vencióla el ruego  
blando, ardoroso, incitante  
del tierno y sensible amante,  
que de su engaño traidor  
ansiaba, vil seductor,  
quedar ganoso y triunfante.

## XLIV

Presto su plan realizarlo  
el mozo se proponía,  
aunque, cobarde, temía  
que fuese el perro á estorbarlo.

En breve huir ó matarlo,  
algún recurso violento  
era preciso al intento;  
mas la ingrata, condolida,  
optó más bien por la huída  
en oportuno momento.

## XLV

Y así fué; muy de mañana,  
mientras Fido generoso  
marchó hacia el monte afanoso  
á su tarea cotidiana,

Lolilla, corriendo ufana  
en pos de su bien querido,  
cayó en el lazo tendido,  
como en la red primorosa  
el ave incauta anhelosa  
de formar el blando nido.

## XLVI

Estrechamente cogidas  
las manos y con premura,  
desde la verde llanura  
por las sendas más floridas,  
    dulcemente estremecidas  
sus almas y alborozados,  
iban los enamorados  
hacia seguro lugar  
donde tranquilos gozar  
dichosos y apasionados.

## XLVII

Ya con más calma y risueños,  
de su carrera el ardor  
moderando sin temor  
y de su albedrío dueños,  
    forjando locos ensueños  
seguían embebecidos,  
cuando oyeron sorprendidos  
repercutir la montaña  
cual eco de voz no extraña,  
lanzando tristes aullidos.

## XLVIII

A la primera impresión  
los amantes se miraron,  
y á correr se apresuraron  
con singular emoción.

Como el repetido son  
de aquellos ecos seguían,  
los mozos ráudos corrían,  
y cuanto más se alejaban  
los aullidos aumentaban,  
y más cercanos se oían.

## XLIX

Y por caminos estrechos,  
por colinas y llanuras,  
ya atravesando espesuras,  
ya veredas y barbechos,  
con hondo latir sus pechos,  
los jóvenes imprudentes  
caminaban diligentes  
con miradas intranquilas,  
fulgurantes las pupilas  
y sudorosas las frentes.

## L

Pero el aullar furibundo  
resonaba en sus oídos  
como los fieros rugidos  
de hambriento lobo iracundo.

Y aquel rugir tremebundo  
cual vendaval que arreciaba,  
ligero se aproximaba;  
y en tanto que enmudecían,  
¡ellos corrían..... corrían.....  
y aquél llegaba..... llegaba!....

## LI

Ansiando tomar aliento,  
Lolilla, con ligereza,  
volvió hacia atrás la cabeza  
con rápido movimiento.

Mas en tan breve momento  
creyó morir en el trance,  
pues, guerrillero en avance,  
Fido, tras ellos veloz,  
siguiendo loco, feroz,  
íbales dando ya alcance.

## LII

Como ruidosa balumba,  
como metálica plancha,  
ó cual terrible avalancha  
que del monte se derrumba;  
    ciclón que arrollando zumba  
y que arrasa destructor,  
así duro, aterrador,  
como furioso chacal,  
cayó el valiente animal  
sobre el cobarde raptor.

## LIII

Oyóse gritar:—¡Dios mío!—  
nublóse un instante Febo;  
rodó por tierra el mancebo  
pronunciando un voto impío.

Ladró el fiero can bravío  
dominando en la palestra  
y hundiendo su garra maestra  
en la garganta de aquél,  
que amenazando al lebrél,  
blandió un cuchillo en la diestra.

## LIV

Lucha horrible, desigual,  
con violencia y arrebató,  
sostuvieron por un rato  
el hombre y el animal.

Ruda batalla campal  
donde los dos combatientes  
se destrozaron rugientes,  
el uno con torpe acero  
y el otro audaz y certero  
con las uñas y los dientes.

## LV

Cuando los rayos del sol  
de nuevo ardientes brillaron  
y en el zénit reflejaron  
como el oro en el crisol,  
con purpurino arreból  
las blancas nubes tiñendo,  
y sin duda enrojeciendo  
ante la humana perfidia,  
en el lugar de la lidia  
iluminó un cuadro horrendo.

## LVI

Cuadro triste, asolador,  
de duelo, de sangre y muerte,  
donde la materia inerte  
tras el belicoso ardor  
    quedó al golpe del dolor,  
y sobre el césped tendido  
muerto el galán atrevido,  
la doncella desmayada,  
¡y aun guardando á la taimada  
el perro á sus pies herido!

## LVII

La niña dura, inclemente,  
por una ciega pasión,  
dejaba sin compasión  
al animal inocente.

Y en su delirio imprudente  
marchaba sin advertir  
que iba á amargar su existir  
y á perder honra y contento,  
olvidando el juramento  
que hizo á su padre al morir.

## LVIII

En cambio de su crueldad,  
Fido noble y bondadoso  
dábale prueba celoso  
de amor y fidelidad.

Y con grande heroicidad,  
sufriendo crudos rigores,  
contra fuerzas superiores  
luchó bravo en la partida,  
¡y hubiera dado la vida  
por defender á Dolores!

## LIX

¡Generosa abnegación;  
caridad pura y sublime;  
amor santo que redime  
á la humana condición!

Si el sensible corazón  
de un pobre animal se afana,  
y la virtud soberana  
sabe piadoso ejercer,  
¿qué le corresponde hacer  
á la criatura cristiana?

## LX

Llorosa y estremecida  
su locura al contemplar,  
tornó Lolilla á su hogar  
confusa y arrepentida.

De Fido la grave herida  
curó con clemente amor,  
y en su ardoroso fervor,  
deplorando su imprudencia,  
¡bendijo á la Omnipotencia  
y á su noble Salvador!







# A LA POESÍA

---

## ODA 1

El origen de la poesía  
viene del mismo Dios.

¿Quién hubo tan osado  
que descubrir pudiera,  
tras la lúgubre sombra del pasado,  
la refracción primera  
del astro que fulgura en la alta esfera?

¿Quién, torpe y atrevido,  
cantó con firme acento  
la percepción primera del sonido,  
del orbe el movimiento  
y el principio moral del sentimiento?

Ni ¿quién acertó el día,  
de vivos esplendores,  
en que dieron al mundo su armonía  
los múltiples colores,  
la música, las aves, y las flores?

---

1 Premiada con accésit (medalla de bronce) en el Certamen celebrado en Cádiz en 1882 por la redacción del *Boletín Gaditano*.

Secreto portentoso  
que al hombre no fué dado  
siquiera imaginar, es el grandioso  
misterio impenetrado  
de la augusta razón de lo creado.

¡Dios! ¡Dios! Sólo el Eterno  
que el áspero camino  
de luces inundando, amante y tierno,  
señala al peregrino,  
sábelo todo como autor divino.

Así, en ignoto día,  
cual rayo de luz pura,  
luciendo sus bellezas la poesía  
con mística dulzura,  
reflejó celestial desde la altura.

Los númenes sagrados,  
el adalid potente,  
los genios más brillantes y ensalzados,  
en la Castalia fuente  
bañaron su ardorosa y noble frente.

Y en el Pindo aromoso  
por Helicón florido,  
en alas del Pegaso victorioso,  
fragante y bendecido  
lograron el laurel apetecido.

Y cual queda entre espumas  
la gota congelada,  
así el cantor de Aquiles, ciego en Cumas,  
forjando su *Iliada*,  
formó una hermosa perla inapreciada.

Los bardos lisonjeros,  
en su laúd sonante,  
cantaron con ardor á los guerreros,  
á Febo rutilante  
y á las hijas de Júpiter tonante.

El épico poema,  
la fábula ilusoria  
y la oda pastoril, con su diadema  
de lúcida memoria  
transmitieron los vates á la historia.

De Horacio y de Virgilio  
la clásica grandeza  
copiaron en sus versos, del idilio  
la cándida terneza,  
de Píndaro la lírica belleza.

Así de la corriente  
el agua cristalina,  
espejo fué donde la edad siguiente,  
cual juguetona ondina,  
miró su faz risueña y peregrina.

De impávido letargo  
al pie del hondo abismo  
el mundo despertó, y al sueño largo  
del triste paganismo  
sucedió la gran luz del Cristianismo.

La mágica Natura  
más bella apareciendo,  
con más vivo esplendor y donosura  
fué, pródiga luciendo,  
sus galas y armonías repartiendo.

La lucha gigantesca  
de bélicas pasiones  
cedió á la noble fe caballeresca,  
y en dulces ilusiones  
ardieron los sentidos corazones.

Las luminosas artes,  
ceñidas de laureles,  
llevaron su dominio á todas partes,  
inspirándose fieles  
con la pluma, el buril y los pinceles.

Ellas su claro brillo  
dieron, para ventura,  
á Montáñez, Beethoven y Murillo,  
copiando la hermosura  
de la idea, la voz y la natura.

Y ricas concepciones,  
galanos consonantes,  
dieron también al mundo en sus canciones  
los genios fulgurantes  
de Calderón, de Lope y de Cervantes.

¡Tomad, vates del día,  
la péñola sagrada;  
vosotros los que tierna melodía  
con la frente elevada  
cantáis en lengua rítmica, inspirada!

Y bebiendo en la fuente  
de linfas prodigiosas  
y claras como luz resplandeciente,  
que esperan rumorosas  
refrescar vuestras sienas ardorosas,

Imitando el süave  
gemir del bosque umbrío,  
el gorjeo melódico del ave,  
el murmurio del río,  
del águila caudal el poderío;

Con los más gratos sonos  
y preludios más bellos,  
volando por fantásticas regiones,  
copiad algo de aquellos  
que legaron al mundo sus destellos.

De los clásicos vates  
copiad, cual pura esencia,  
la fe con que en los múltiples combates  
de la ruda existencia  
batalló la preclara inteligencia.

Copiad la fe preciosa  
y la noble constancia,  
lejos de la inmodestia pretenciosa  
y la necia arrogancia  
con que se hiergue torpe la ignorancia.

En el trabajo honroso,  
con plácido ardimiento,  
y en el altar del numen portentoso,  
dando culto al talento,  
ejercitad el rico pensamiento.

Haced que la alta idea  
sus giros multiplique,  
y que el bardo en la lírica pelea  
su pluma dignifique  
haciendo que la rima fructifique.

¡Aliento bendecido,  
delicada ambrosía,  
que llena el corazón enternecido  
de encanto y de alegría,  
es la dulce expresión de la poesía!

¡Ella los campos viste  
de magia seductora;  
ella templó el dolor, da paz al triste  
y plácida, y sonora,  
á lo divino eleva á quien la implora!

¡Ella es reflejo puro  
de luz siempre encendida;  
lábaro del amor, puerto seguro  
y aurora de la vida  
que á la sublime excelsitud convida!

Su venturosa calma  
venga á mi seno ardiente;  
venga á regar sus flores en mi alma,  
y en mi serena frente  
haga lucir su lumbre refulgente.

¡Ven, y con tierno canto  
haz resonar mi lira;  
ven á mi débil voz, cual eco santo,  
y en tu sagrada pira  
deja alentar la llama á quien te admira!

¡Cual nimbo de consuelo  
y desde el almo coro,  
dame tu inspiración, poesía del cielo;  
dame tu luz, que adoro,  
y déjame gozar ensueños de oro!

Siga tu ardor fecundo  
sirviéndome de guía,  
y haz que siempre en tu honor repita el mundo  
la eterna sinfonía:  
¡Gloria sin fin á la inmortal poesía!





# La Cruz sobre las aguas.

ROMANCE HISTÓRICO <sup>1</sup>

¡Cádiz bendita!

Alegres músicas suenan,  
estruendo y grande algazara  
de multitud de soldados  
que cruzan calles y plazas.

Cádiz, la famosa Cádiz,  
la población herculana,  
demuestra su regocijo  
por una solemne causa.

Diz que ha sido con bravura  
del yugo opresor librada,  
y el pendón cristiano ondea  
donde el moruno se alzaba.

Diz que de la media luna  
la cruz triunfadora se halla,  
y que el sabio Don Alfonso  
celebra la heróica hazaña.

<sup>1</sup> Premiado con accésit en los juegos florales celebrados en Cádiz en Septiembre de 1901.

Revisa el Rey complacido  
su ejército en la muralla,  
y enardecido, inspirado,  
con bélica voz exclama:

«—¡Mis hidalgos caballeros,  
hijos de la invicta España!  
¡Soldados que el pecho amante  
la fe y el valor inflaman!

Dios, con su poder inmenso,  
de permitirnos acaba  
que, para gloria de todos,  
nos pertenezca esta plaza.

La victoria ha sido nuestra,  
grande del Señor la gracia,  
¡rindámosle agradecidos  
los votos de nuestras almas!»

Y alzando la cruz en alto,  
elevan con sus plegarias  
los corazones valientes  
al Ser poderoso gracias.

Magnífico y bello cuadro  
que conmueve y entusiasma,  
ver los guerreros de hinojos  
y oír cómo á Dios alaban.

De su actitud religiosa  
presto Don Alfonso se alza,  
y contemplando el Occéano  
de nuevo ardoroso exclama:

«—Hasta aquí miro cumplida  
mi más hermosa esperanza;  
pero aun me resta un deseo,  
mi ambición no está colmada.

Quiero salir de estos muros,  
que el mar intranquilo baña,  
para surcar esas ondas  
con lo mejor de mi escuadra.

Y en alas de este afán santo  
que crece vivo en mi alma,  
anhelo llegar triunfante  
hasta la costa africana.

¡Sus! ¡valientes campeones,  
aprestaos á conquistarla!  
¡tiemble el infiel agareno  
al choque de vuestras armas!

¡Alzad la enseña bendita  
por tanto tiempo ultrajada,  
y el signo de Dios defienda  
nuestra justa y noble causa!

Principiar desde ahora quiero  
la conquista ambicionada,  
y afirmar la fe sublime  
que alienta mis esperanzas.

¡Presto, mi mayor Alférez,  
tomar posesión os manda  
vuestro Rey, del mar extenso  
que toda mi vista alcanza.

Llebad aqueste estandarte  
y enclavadlo en esas aguas  
que mugen embravecidas  
con furia desenfrenada.

Vuestra intrepidez conozco,  
tenéis de buen temple el alma;  
¡Sus! ¡al mar! y la cruz quede  
sobre sus ondas fijada!»

El valiente caballero  
que escucha tales palabras,  
favorecido y honrado,  
se apresta á cumplimentarlas.

De su yelmo reluciente  
la visera levantada,  
deja ver el noble fuego  
que por sus ojos exhala.

Hinca la rodilla en tierra,  
saluda al Rey y se lanza  
sobre su corcel brioso  
con rapidez á la playa.

Enarbola el sacro emblema,  
la vista al cielo levanta,  
y al mar sin temor se arroja  
contra las iras del agua.

Por un instante en los pechos  
el corazón se dilata;  
nadie á respirar se atreve,  
la admiración los embarga.

Todos permanecen mudos,  
sintiendo terribles ansias  
por el digno caballero  
que entre las olas batalla.

Pero pronto, sorprendidos,  
observan que el viento cambia  
y el mar sosegado queda  
con dulce y tranquila calma.

Que el Alférez victorioso  
la orilla á caballo gana.....  
¡¡y ondeando el estandarte  
de la cruz sobre las aguas!!







## LA BARCA DE CARONTE

El amor está por encima de la muerte,  
como el cielo sobre la tierra.

Aproxima, barquero;  
la oscuridad protege tu camino,  
que la noche es tu madre y en la orilla  
inquietas aguardamos tus servicios.

—¿Quiénes sois?— Las sombras  
de seres sin conciencia y descreídos  
que el frágil armazón en corto lapso  
de la guadaña al golpe hemos perdido.

—¿Qué méritos os traen?

—Yo fui en el mundo adúltera.—Yo impío.

—Yo estafador.—Yo apóstata.—Yo avaro.

—Yo soberbio y crüel.—Yo fui asesino.

—Yo hipócrita.—Yo en breve  
descendí por la escala de los vicios.....

—Basta; podéis pasar si anticipáis  
el pago por las leyes prevenido.

—Toma, viejo ambicioso,  
mi moneda de cobre por tu oficio.  
—Ten la mía de plata; aviva el remo,  
—¡Toma de oro! ¡paso, barquero inicuo!  
—¡Atrás, miserables sombras!  
¡antes debo admitir la de los ricos!  
¡no exasperéis mi cólera! ¡silencio!  
pronto os transportaré á vuestro destino;

Que Plutón os espera  
al lado allá del cenagoso río,  
con su tropa de furias y en su trono  
de ébano y fuego de candente brillo.

Y el infernal Caronte,  
surcando por el piélago sombrío,  
condujo á las orillas del Erebo  
la negra carga del bajel maldito.

Y en su eternal trabajo  
el espantoso viejo entretenido,  
siguió sin desmayar, aunque sin tregua,  
por su torpe avaricia y su egoísmo.

Las aguas de aquel lago,  
siempre oscuro, sin brisas, corrompido,  
cruzar no fuera dado á los vivientes  
sin asfixiarse en su vapor mefítico.

La claridad del cielo  
no reflejaba en él, ni el bóreas fino  
penetraba jamás por la espesura  
de la atmósfera infecta de aquel sitio.

Negra masa de árboles  
inmensos, raros, y entre sí reunidos,  
de una orilla á la otra se enlazaban  
como techumbre del horrendo abismo.

Si un pájaro inocente  
osaba entre el ramaje hacer su nido,  
pronto sin vida, con los peces muertos  
iba á parar al fondo corrosivo.

Sólo por la ribera,  
innúmeros, doquier, rastreaban vivos  
los inmundos insectos venenosos,  
del botin de las fosas esparcidos.

Tal desde aquel paraje  
de horrorosas tinieblas, el camino  
comenzaba del antro cavernoso  
donde están del Averno los dominios.

El funerario esquife,  
constante y afanoso en su ejercicio,  
prosiguió su transporte desde Menfis  
á las calizas tierras del Epiro.

Y siempre á su retorno,  
siempre con pesadez, tardo y vacío,  
nuevo montón de sombras rellenaba  
el fondo estrecho del movable nicho.

—Aligera la nave;  
avanza, avanza, lúgubre marino.  
—Callad, y adentro; si venís provistas,  
todas tendréis al fin pasaje digno.

Mas la que no ¡insensata!  
por las cabezas del dragón carnívoro  
juro que por la orilla tenebrosa  
vagará sin descanso todo un siglo.

¡Enmudeced y arriba!  
¡pecadoras, entrad ¡despacio, digo;  
pero... ¿quién eres tú que palpitante  
vienes como del mundo de los vivos?

—¡Soy...ay! ¡desventurada!  
una triste mujer cuyo delito  
es el amar con delirante empeño  
á quien es mi ventura y mi martirio.

No lo encuentro en la tierra,  
y loca, en mi doliente desvarío,  
quiero para buscarle ir al infierno;  
condúceme hasta allí, te lo suplico.

—No puedo, es imposible  
sin mostrarme la rama del olivo <sup>1</sup>

—Llévame, y te daré mis ricas joyas.—

—No puede ser, aparta, está prohibido.

Y al infringir las leyes  
diérame por mi culpa, el dios que sirvo,  
los agudos dolores del tormento  
y las penas del Tártaro en castigo.

---

1 Según la mitología, ningún viviente podía entrar en la barca de Carón sin mostrarle una rama del olivo de oro consagrado á Minerva.

— ¡Ah, no! yo prosternada  
y con acento ardiente y persuasivo  
rogaré á tu señor que te perdone,  
y á Proserpina interpondré en mi auxilio.

— Plutón es implacable,  
no escuchará tu ruego enternecido.

— Yo ablandaré su corazón de roca  
con el dulce gemir de mis suspiros.

— Los monstruos que le cercan  
te rasgarán la piel con crueles filos.

— No importa; para bien de mis heridas  
el bálsamo de amor traigo conmigo.

— A tu cuello enroscadas  
apagarán tu voz con sus silbidos  
las feroces serpientes.— No las temo,  
dominaré el espacio con mis gritos.

— Las parcas destructoras  
cortarán de tu vida el débil hilo.  
— Me salvaré arrojando á sus tijeras  
sendos vellones de enredado lino.

— Te tragará el Cervero.  
— Antes le adormiré con los sonidos  
de mi lira süave y cadenciosa;  
¡permíteme pasar, barquero amigo!

¡Déja que corra amante  
en pos del que lacera el pecho mío!  
¡Quiero cruzar la Estigia pantanosa;  
quiero llegar al antro aborrecido!

¡Y de las fieras llamas,  
del poder de Satán, duro y bravo,  
arrancar á mi dueño, al que idolatro,  
por quien corro tenaz al sacrificio!

¡Yo seguiré constante;  
iré saltando escollos y peligros;  
y á pesar del imperio de tus dioses,  
yo le hallaré por fin en mi delirio!

Caronte, no vaciles,  
llévame por favor, y tu servicio  
abonaré con creces, cuanto quieras  
pide en cambio á mi pecho agradecido.

¡Por Lucifer, soy tuyo!  
apartad, negras masas, presto un sitio;  
me venciste, mujer, el lobo cano  
á tu extraña influencia está rendido.

—¡Adelante! ¡adelaníe!

—Soy tu barquero fiel, tu arrojo admiro  
y la inmensa pasión que así te impulsa  
á luchar y vencer con heroísmo.

No habrá quien se resista;  
¡tu ardiente corazón enardecido  
es talismán sin duda poderoso  
más que la muerte y que el infierno mismo





# ALBENDARRÍZ

## LEYENDA MORISCA

Como visión fugitiva,  
como fantasma que vuela  
protegida por la noche  
que cubre de sombra densa  
la accidentada campiña,  
los altos montes, la Vega,  
los cármenes deliciosos,  
las morunas fortalezas  
y la ciudad que en silencio  
aunque dormir asemeja  
prevenida y avizora  
tras de sus murallas vela,  
sin saber por qué conjuro  
ni cuál misteriosa puerta,  
escapa á caballo un hombre  
cubierto con amplias telas,  
y con arrojo inaudito,  
con extraña ligereza,  
que más parece de un loco  
la acometida siniestra,

derribando en su camino  
los obstáculos que encuentra,  
veloz y sin miedo cruza  
por entre las mismas tiendas  
de los valientes cristianos  
que de Ronda y Antequera  
salieron juntos ganosos  
de aventuradas contiendas,  
y que sin temor acampan  
frente á los muros de piedra  
del último balüarte  
que los infieles conservan  
y guardan como leones,  
cual único bien que resta  
de su anterior poderío  
y sus pasadas grandezas.  
De aquellos bravos, al punto  
repuestos de la sorpresa,  
un grupo de los más listos  
destácase con presteza;  
montan sus cabalgaduras,  
y clavando las espuelas,  
atropellándose corren  
por las oscuras veredas,  
por escabrosos terrenos  
y por angostas laderas,  
tras aquel hombre ó demonio  
que sin respeto siquiera

á las horas del descanso  
y á las leyes de la guerra,  
burlaba así al enemigo,  
y forzando su carrera  
en pos del intruso, espía  
ó mensajero que lleva  
algún aviso importante,  
ó solicitud de fuerzas,  
siguen sin cesar hiriendo  
los ijares de las bestias,  
hasta que ya el insensato  
perseguido muy de cerca,  
sin posible escapatoria  
y sin ninguna defensa,  
al fin se entregó rendido,  
jurando por el Profeta  
que no era su intento innoble  
ni sus propósitos eran  
servir interés ajeno  
sino el propio; y con voz llena  
de dignidad persuasiva  
sin orgullo ni fiereza:  
—«Soy Albendarríz, exclama,  
descendiente de Abu-Omeya,  
mi padre, noble caudillo  
famoso por sus pröezas,  
defensor de la Alcazaba  
que con pericia gobierna;

de los tesoros ocultos,  
de las hurís hechiceras,  
de los alegres pensiles  
y de todas las bellezas  
que en sus palacios de encaje  
y en sus mezquitas soberbias,  
con doble guardia de esclavos  
el rey granadino encierra.  
Si esto basta, nazarenos,  
y el verme tan solo os prueba  
que no pretendo hacer daño,  
dejadme seguir la senda  
que me conduce á la dicha,  
y os ofrezco en recompensa  
llenar cien veces con oro  
vuestras bolsas, bien repletas.\*  
Mas ¡ay! en vano el mancebo  
con ardorosa impaciencia  
proseguir quiere adelante  
con súplicas y promesas,  
que no convencen palabras  
ni seductoras ofertas  
á los honrados guerreros  
que, con orgullo y firmeza,  
cumpliendo deber sagrado  
la fe de Cristo sustentan:

\* \* \*

Al surgir por el oriente  
la rubicunda alborada  
que luce en Andalucía  
sus más espléndidas galas,  
el capitán valeroso  
que el ejército mandaba,  
don Rodrigo de Narváez,  
caballero de gran fama  
por su nobleza y justicia  
y por múltiples hazañas  
que diéronle honor y nombre  
con la punta de su lanza,  
sin demora á su presencia  
la del cautivo reclama.  
Asómbrale el noble porte,  
la juventud y elegancia  
y la varonil belleza  
del que á deshora y sin armas  
pretendió pasar osado  
por entre fuerzas contrarias;  
pero aun con más extrañeza  
ve que nublados de lágrimas  
están sus ojos oscuros,  
que al fin vertiendo sus aguas  
corren cual líquido ardiente  
por sus mejillas tostadas.  
—¿Cómo, dícele admirado,  
siendo de tan fuerte raza

hijo de un hombre valiente  
y caballero en las trazas,  
lloras como débil niño  
y cual mujer te amilanas?  
—No siento, el moro responde,  
sin acritud ni arrogancia,  
que en tus prisiones me encierres  
como prenda que se guarda  
para exigir su rescate  
en estas rudas campañas;  
no siento el duro castigo,  
ni la cobarde amenaza,  
ni la pérdida sensible  
de mi libertad amada;  
que otro más grande infortunio,  
otra más fiera desgracia  
llenándome de amargura  
me desconcierta y me mata.  
—Y ¿qué motiva, agareno,  
tu actitud desesperada?,  
con expresión compasiva  
el caudillo le demanda.  
—Mi corazón hace tiempo  
que en fuego de amor se abrasa  
por una mujer hermosa  
á quien con toda mi alma  
serví en fiestas y torneos  
y en diferentes batallas

contra los tuyos, ansioso  
de conseguir sus miradas;  
y en pago de mis servicios,  
de mi lealtad y constancia,  
me concedió el dulce premio  
de su ternura anhelada.

El sabio Ali-Amet, su padre,  
que en su mansión almenada  
la oculta como tesoro,  
como preciosa sultana  
tras de ajimeces calados,  
con servidumbre de esclavas,  
sobre cojines de Persia  
y entre perfumes de Arabia,  
probándome su alto aprecio  
me otorgó la inmensa gracia  
de dármele por esposa  
en esta fatal mañana,  
y á mi concertado enlace  
contento me encaminaba,  
sin pensar en los hostiles  
encuentros de vuestras armas,  
cuando en poder de tus fieles  
caí por mi estrella aciaga.  
¡Dime si no es poderosa  
la razón que hoy acibara  
mi pecho, truncando impia  
mis risueñas esperanzas,

mis amorosos delirios  
y mis venturas soñadas!

El adalid generoso,  
sintiendo profunda lástima  
por el mozo enamorado,  
dicele:—Pues que te hallas  
en tal compromiso, siendo  
por tu nobleza y prosapia  
digno de mejor fortuna,  
prométeme, por las canas  
del autor de tu existencia,  
que volverás sin tardanza  
á mi poder, y permiso  
te daré para que vayas  
á celebrar tu himeneo  
con la encantadora dama  
que en ti, su dicha cifrando,  
quizá con mortales ansias,  
con su nupcial vestidura  
tu arribo impaciente aguarda.

—Por mi fe de caballero,  
por mi Jarifa adorada,  
por el honor de mi padre,  
y aun sólo por mi palabra,  
te juro volver al punto  
que mi deuda satisfaga.

Y la gratitud más honda  
revelando en sus miradas,

provisto de la licencia  
que facilita su marcha,  
el corazón palpitante  
y jubilosa la cara,  
parte el doncel á galope  
sobre su yegua alazana.

Cuando tres veces la luna,  
prestó á la noche su brillo  
y el astro rey á la aurora  
sus colores purpurinos;  
en ocasión que en el pueblo  
residencia del caudillo,  
donde á la sazón se hallaba,  
por el solemne motivo  
de celebrarse este día  
con fiestas y regocijos  
el glorioso aniversario  
del gran trïunfo obtenido  
en la famosa conquista  
de aquel terreno bendito,  
y con sortijas y cañas,  
y otros juegos divertidos,  
se solazaban los nobles  
en el amplio y viejo circo,  
mientras por calles y plazas  
en número más crecido  
transitaba el populacho



y con vítores y gritos  
saludaba, presuroso  
uniéndose al acto cívico,  
al ver tremolar al aire  
el pendon enrojecido  
por la sangre de los héroes,  
de los caballeros ínclitos  
que defendieron la patria  
del opresor islamismo,  
un musulmán á caballo  
y á las ancas sobre el mismo  
una mujer encubierta  
con blanco velo tupido,  
á quien detiene su marcha  
mostrando el moro un escrito  
que el paso les deja libre,  
atraviesan decididos  
por la multitud y en breve  
ante el severo edificio  
del capitán renombrado  
audiencia piden solícitos.

En la alegre muchedumbre  
despierta interés muy vivo  
la rara y gentil pareja,  
cuyo porte distinguido,  
el arreo de su alazano  
y su lujoso atavío  
revelan su noble cuna.

Luce el moro en su vestido  
marlota de seda verde,  
calzas con adornos ricos,  
tahalí de excelente cuero,  
corvo alfanje damasquino,  
un talismán de esmeralda  
con reflejos diamantinos,  
cual muslim supersticioso  
en el cuello suspendido,  
y en el turbante garzota  
con turquesas y zafiros.  
Ella, chapines de grana  
bordados con oro fino,  
bello chal de Cachemira  
de colores encendidos,  
bajo el cendal que la cubre,  
al talle esbelto ceñido;  
ajorcas y brazaletes,  
collares de varios hilos  
y arracadas y sortijas  
que deslumbran con su brillo.

El insigne antequerano,  
viendo ante sí sorprendido  
de su hermosura y riqueza,  
dos árabes, indeciso  
queda un momento mirando  
que á la vez muy conmovidos  
se inclinan respetüosos;

pero recordando listo  
las facciones del mancebo:  
—Habla, con bondad le dijo.  
—Señor, fiel á mi promesa  
retorno á ti agradecido  
y á tu poder me someto  
acatando tu dominio.  
Por evitar á mi amada  
sinsabores infinitos,  
nuestra unión aplazar quise  
para tiempo más benigno;  
pero ella, amorosa y buena,  
que se realizara hizo,  
ganosa de acompañarme  
y de compartir conmigo  
quizá en oscura mazmorra  
y arrastrando férreos grillos,  
la amargura del destierro,  
las penas del oprimido,  
entre ternuras y lágrimas,  
entre besos y suspiros.  
¡Y aquí postrados nos tienes;  
dispón de nuestros destinos,  
que juntos nos entregamos,  
gran señor, como cautivos!

Viva admiración sintiendo  
el ilustre jefe invicto  
por la acción caballeresca,

el proceder recto y digno  
de aquel joven mahometano,  
y el inmenso sacrificio  
de mora tan hechicera  
por su consorte, solícito  
los acogió cariñoso  
cual tierno padre á sus hijos,  
y con dulces agasajos,  
con obsequios repetidos,  
delicadas atenciones  
y miramiento exquisito,  
como si fueran hermanos  
prestándole sus auxilios,  
la paz infundió en sus almas  
con los consuelos sencillos  
de sus religiosas creencias,  
que un bálsamo peregrino  
vertió en sus dolientes pechos;  
y caballero cumplido,  
una vez más comprobando  
sus generosos instintos,  
les otorgó el bien precioso  
que lloraban ya perdido,  
su libertad decretando,  
á cuyo anuncio bendito,  
cayendo los dos de hinojos  
ante el héroe enternecido:  
—¡Gracias!, al par exclamaron

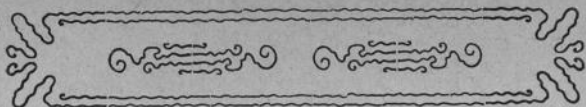
de hondo placer invadidos,  
—¡Gracias, cristiano valiente,  
que así ayudas al caído!  
¡Tu Dios excelso y piadoso  
te colme de beneficios  
y multiplique tus glorias  
con su inmenso poderío,  
agregando á tus laureles  
las dichas del Paraíso!  
¡Por Aláh tres veces grande,  
justo, clemente, magnífico  
de corazón te juramos,  
y el voto á cumplir me obligo,  
en todo lugar y tiempo  
ser tus más fieles amigos,  
tus deudores más lëales,  
tus esclavos más adictos,  
y proclamar por el mundo,  
con tus méritos y títulos,  
las bondades que te adornan  
y tus virtudes, que admiro!

\*  
\* \*

Poco después los esposos,  
gozando de su albedrío,  
de su amor y su riqueza  
en su señorial castillo

orillas del Guadalhorce  
moraban en paz, tranquilos,  
entre los nobles cristianos  
por el cielo protegidos;  
que la verdad comprendiendo  
los luminosos prodigios  
y la sublime excelencia  
de los misterios divinos,  
en el Jordán caudoloso  
del Sacro Catolicismo  
purificáronse humildes  
con la gracia del bautismo





## INDICE

---

|                               |     |
|-------------------------------|-----|
| Dedicatoria.....              | 3   |
| Despedida y saludo.....       | 5   |
| Inhiesta.....                 | 15  |
| Al tiempo.....                | 57  |
| El rosario de la aurora.....  | 67  |
| Jesús Nazareno.....           | 79  |
| La influencia de la Cruz..... | 95  |
| Bajo la parra.....            | 113 |
| Glorias de la patria.....     | 125 |
| Fido.....                     | 141 |
| A la poesía.....              | 173 |
| La Cruz sobre las aguas.....  | 181 |
| La barca de Caronte.....      | 187 |
| Albendarriz.....              | 193 |





## OBRAS DE LA MISMA AUTORA

---

*El Faro de la virtud* (libro de texto para las escuelas), segunda edición.

*Corona á Santa Teresa de Jesús*, por una Hija de Nazareth.

*El santo de la aldea* (poema).

*El terremoto de Andalucía* (cuadro).

*Album de boda*, para regalo de novios.

*Americanistas ilustres* (apuntes biográficos).

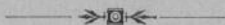
*El diablo en el púlpito* (cuento en verso).

*Colón y América* (poema histórico).

*Bigamo* (novela).

*Glorias de los Alfonsos reyes de España* (romance histórico).

*La conquista de Cádiz* (leyenda caballeresca).



## Odas, poemas y leyendas

---

Se halla de venta, al precio de **dos pesetas**, en las principales librerías y en la calle de Almagro, 26, 3.º izquierda.